

Selección



RALPH BARBY

LA PROTEGIDA DEL ESPECTRO



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

333 – El circo del horror, *Adam Surray*.
334 – Con el Demonio no se juega, *Joseph Berna*.
335 – Los colmillos del reptil, *Ralph Barby*.
336 – Hermandad de brujas, *Lou Carrigan*.
337 – Después del horror, *Ada Coretti*.

RALPH BARBY

LA PROTEGIDA DEL ESPECTRO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 338
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.361 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

—¡Agárrate bien!

La motocicleta salió de la carretera asfaltada para introducirse por el camino de tierra arenosa con infinidad de socavones.

Antoinette, apenas una muchacha, rodeaba con sus brazos el tórax de Charles, un joven de actitudes disparatadas, en ocasiones, y en otras de verdadero matón de taberna, pero que la atraía.

Charles gustaba de hacer ruido con su motocicleta, a la que ahora hacia descender por aquel sendero tortuoso que amenazaba con derribarles mientras el faro enviaba su luz de un lado a otro a causa del manejo del manillar que tenía que mover constantemente para no caer al suelo al perder la verticalidad.

La noche era oscura, endiabladamente oscura. Por no haber, no había ni estrellas, ya que el ciclo estaba encapotado, aunque no llovía. El viento era frío, y aquellos parajes al borde del mar casi voceaban una soledad que se metía en el cuerpo de quien deseara acercarse hasta allí, pero el petardeo de la moto, casi jubiloso como los fuegos de artificio de una noche de fiestas, alejaba todas aquellas sensaciones.

Antoinette no las sentía, sonreía sin que nadie pudiera verla, ya que apoyaba su rostro contra la espalda forrada por la chaquetilla de cuero negra del joven Charles.

En uno de los bruscos saltos de la motocicleta, las manos de la muchacha descendieron por debajo del cinturón.

—¿Qué haces? —preguntó él, casi con un grito.

Antoinette se rió y apretó con fuerza; parecía que sabía bien lo que hacía, y siguió riendo.

Charles sintió que se le encendía la sangre y, como respuesta a aquella reacción, de forma instintiva, aceleró. La moto rodó más aprisa, más peligrosamente, casi estuvo a punto de volcar cuando llegaron a una zona amplia.

El faro iluminó algo oscuro y grande, era la casa de pescadores que quedaba frente a la larguísima playa.

En el suelo podían verse varias barcas, puestas boca abajo, mostrando sus quillas a la noche, y semejaban grandes animales que hubieran surgido del agua para descansar o para vigilar cuanto podía ocurrir en aquel medio llamado tierra, y que les era hostil.

—Ya hemos llegado, prepárate.

—Si haces el bruto, me voy —amenazó ella, fingiendo seriedad.

Casi dando tumbos con la motocicleta, se introdujo bajo la marquesina de cañizo que poseía la casa. Se detuvo, y la chica saltó al suelo, mientras él sujetaba la moto en el caballete.

Próximo estaba el mar, un mar que en aquel lugar, de ostensibles marcas, lo mismo se podía ver muy lejos que cerca, casi lamiendo las barcas, que

permanecían tumbadas en una arena pedregosa y húmeda, en la que había minúsculos seres vivientes, aguardando a que el agua volviera a cubrirles; otros, ya habrían muerto.

—¡Antoinette, Antoinette!

La muchacha había desaparecido hacia el interior de la casa de pescadores que se hallaba en una completa oscuridad.

Charles llegó hasta el umbral de la puerta abierta y encendió su mechero. Con la luz de la llama buscó a la muchacha sin encontrarla.

—¡Antoinette!

Oyó una risa contenida.

—Ya verás cuando te atrape, pero lo primero que hay que hacer es encender un buen fuego. La noche está fría y no es suficiente con que yo tenga alta la temperatura de mis bolas.

Charles conocía aquel lugar. Sabía dónde estaba la chimenea e incluso que allí había leña porque él mismo, horas antes, la había estado preparando para que no faltara en la visita nocturna.

El encendedor volvió a dejar escapar la llama luminosa y la leña seca chisporroteó, prendiendo con facilidad. El fuego despidió un agradable calor e iluminó la estancia principal de la sencilla casa de pescadores, una especie de chabola que los hombres del mar utilizaban para reunirse mientras aguardaban el momento óptimo para hacerse a la mar.

Charles dio la vuelta y se puso en pie.

Vio la sombra de Antoinette que se introducía en una estancia. El sabía que allí sólo había un ventanuco estrecho y varios camastros rudimentarios que ni un vagabundo se atrevería a robar.

Despacio, se acercó a la puerta de aquella habitación, si es que así podía llamársela, y cerró la hoja. Después, con un pedazo de cuerda, la sujetó a un clavo que había en la jamba.

—Ya te tengo segura, ahora no te escapas. Mientras, que el fuego se haga grande. —Y soltó una carcajada.

—¡No, no, abre, abre, Charles, abre! —gritó Antoinette.

—¡No saldrás de ahí hasta que el horno esté en su punto! —volvió a reír el joven, que había dominado la situación.

En realidad Antoinette, al acompañar a Charles hasta aquel lugar tan solitario, donde nadie podía oírles, sabía muy bien lo que iba a ocurrir, y no sólo no lo temía, sino que lo estaba deseando; pero comenzó a asustarle la oscuridad de la habitación.

Sólo le quedaba la opción de mirar por el agujero que había dejado una cerradura que ya no estaba, una cerradura que desapareciera hacia años.

El ángulo de visión era malo, pero llegaba a ver el fuego de la chimenea, Vio a Charles que iba de un lugar a otro, e incluso comenzó a verle, en parte, cómo se desnudaba y se estremeció. El fuego daba un calor especial a la piel de Charles, que parecía saber que estaba siendo observado por el agujero de la puerta.

Aquel strip-tease al calor y a la luz de la chimenea, donde el fuego era fuerte, quedó interrumpido de pronto al escucharse la sirena de un barco. Era una sirena sorda y prolongada, no muy lejana.

Semejaba el alarido de un monstruo marino que gemía cavernosamente cerca de aquella playa de escasísimos pescadores. No había ningún puerto marino y era muy extraño que un navío pudiera acercarse a la playa, ya que el calado era escaso, claro que había que tener en cuenta la crecida de la marea, quizá ya pleamar, aunque no podía ser.

La sirena enmudeció y volvió el silencio. Comenzaron a oír un fuerte rumor que se aproximaba, un rumor que cualquiera que hubiese vivido junto a las playas identificaría con rapidez: era el rumor del mar avanzando con sus olas espumeantes:

Charles calentó su cuerpo, desnudo frente a la chimenea-hogar.

Antoinette pudo verle a contraluz, pudo ver su silueta masculina, y deseó que, de un momento a otro, el joven abriera la puerta para ir en su busca.

Quizá la culpa la tuvieran las bebidas que habían lomado con anterioridad, las bebidas que no habían faltado en el chalet del alsaciano.

De pronto se abrió la puerta que daba al exterior y una violenta ráfaga de aire gélido penetró en la casa de pescadores doblando las llamas.

—¿Eh?

Antoinette trató de ver a quien acababa de llegar. Le pareció que la expresión de Charles era más que de sorpresa. ¿Quién podía haber llegado, el padre de Charles, el de ella?

Un fuerte hedor lo invadió todo y Antoinette vio unas sombras que el fuego semejó distorsionar. Tuvo la impresión de que dos grandes ojos, dos ojos como suspendidos en algo negro y oscuro que la horrorizó, se dirigían hacia la puerta.

—¡No, no!

La negación de Charles fue un autentico alarido de terror.

El joven, de ordinario matón y camorrista, corrió despavorido contra la puerta que él mismo cerrara con un cordel.

Antoinette, con el terror convenido en garfio que se clavaba en su garganta, no fue capaz de emitir un solo gemido. Se lanzó al suelo reptando hasta colocarse bajo uno de los camastros.

—¡No, no! —seguía gritando Charles con voz agudizada que se rompía.

Los gritos se alejaron y luego el rumor del mar.

El hedor quedó como prendido en la casa de pescadores. Antoinette tuvo deseos de vomitar, las náuseas eran insoportables, unas náuseas mezcladas con el terror que sentía.

No sabía quién o quiénes habían entrado en la casa, aunque debían de ser varios para llevarse a Charles como lo habían hecho.

Antoinette sólo había visto unas sombras y un par de ojos grandes, amarillentos, casi purulentos, que habían mirado hacia ella.

Dejó pasar los segundos, los minutos, las horas. Tuvo la impresión de que

cada hora envejecía diez años. Le dolían los pies, las rodillas, los brazos, los ojos, la cabeza, todo le dolía; era como si tuviera hierros metidos dentro de sus miembros.

No se movió de debajo del camastro; era como si se hubiera convertido en una estatua de piedra.

De pronto, mirando en derredor, se preguntó si había dormido o había pasado todo el tiempo despierta. Una leve claridad entraba por el ventanuco, era la amanecida.

Poco a poco, con un recelo muy grande, fue saliendo de su escondrijo. Sentía dolor e irritación en sus ojos, y una gran sequedad en la garganta. Tenía sed, mucha sed, una sed que le había robado la voz.

Quiso tragar saliva y no la tenía; era como si en la garganta tuviera alambres que la herían.

Se acercó al agujero de la puerta y acercó su ojo a él. Al otro lado estaba la amplia estancia vacía, débilmente iluminada.

—Charles, Charles —llamó en voz baja—. ¿Estás ahí?

Nadie respondió. Empujó la hoja de madera, que no cedió aunque se movió gruñendo. Antoinette cargó con su cuerpo contra la vetusta puerta.

Tuvo que hacer tres embestidas, .jadeante y furiosa, hasta que el cordel se partió y la puerta se abrió violentamente.

La muchacha, vestida con cazadora y blue-jeans, miró en derredor.

La chimenea estaba apagada. Se notaba en el ambiente el calor del fuego y también el hedor que se había incrustado en las paredes, en el techo, en el suelo de cemento.

Descubrió la ropa de Charles cerca de la chimenea, sobre una silla volcada. Si la ropa estaba allí, el joven tenía que estar desnudo, en alguna parle.

Con temor, se acercó a la puerta que daba al exterior y que estaba entornada. Abrió con cuidado. El día ya era una realidad; el cielo seguía gris plomizo y frente a ella, a unos cien metros, quizá unos pocos más, había un viejo barco, sucio y herrumbroso, carcomido, sin bandera, sin vida aparente, varado en la arena.

El agua estaba más lejos; el navío había quedado seco, como vulgarmente se decía.

Antoinette no comprendía qué podía hacer aquel barco allí, sobre la arena pedregosa, lejos del agua, un barco abandonado, ostensiblemente escorado hacia babor.

Era muy posible que, sí se le hubiera vaciado de maquinaria, volcara totalmente de costado, pero el centro de gravedad se lo impedía.

Salió al exterior y caminó casi tropezando. Tenía miedo, mucho miedo de que de un instante a otro apareciera alguien para abalanzarse sobre ella. Vio la moto; estaba allí, tal como Charles la dejara la noche anterior.

La muchacha sabía conducir un velomotor, aunque antes jamás había llevado una moto.

—¡Charles, Charles! —llamó, sin obtener respuesta.

El cielo se vio cruzado por una bandada de gaviotas que chillaban.

Quitó el caballete a la motocicleta y montó a horcajadas sobre ella. Puso el pie en el pedal de puesta en marcha y trató de bajarlo, mas no lo consiguió en su primer intento y hubo de insistir dos veces más.

Levantó todo su cuerpo para dejar caer sus casi cincuenta kilos sobre el pedal hasta que pudo escuchar el esperado rumrum. Se acomodó en el sillín y soltó el embrague al tiempo que, haciendo un giro de muñeca, le daba gas.

La motocicleta avanzó hacia adelante con brusquedad y estuvo a punto de caer al suelo. Logró mantener el equilibrio y volvió a mirar hacia el barco varado y escorado.

Recordó la sirena que había oído en la noche y se dijo que aquel barco no le gustaba, le daba miedo. Era muy posible que Charles estuviera allí, pero ella no se atrevió a acercarse.

Controlando el gas, consiguió meter la motocicleta en el tortuoso camino y ascender por él. Sus pies evitaron en varias ocasiones que se cayera.

El camino que descendía aquella solitaria playa se le hizo largo, eterno, pero al fin consiguió llegar a la cinta asfaltada y se lanzó hacia ella.

No era lo mismo manejar el velomotor que aquella moto pesada. Dar el gas a tope a un velomotor equivalía a llegar a cuarenta kilómetros por hora, pero en aquella moto era colocarse a una velocidad suicida.

De pronto surgió la masa oscura de un automóvil. Perdió el dominio de la maquiné y se encontró dando vueltas.

El ciclo y la tierra se confundían a sus ojos mientras los frenos chirriaban, los neumáticos del coche se agarraban al asfalto y la máquina gruñía desesperadamente en una agonía que semejaba de muerte.

CAPITULO II

La sombra descendía sobre su rostro y una boca se pegaba a la suya. Soplaba y soplaba con una fuerza que la obligaba a vivir mientras unas manos fuertes le oprimían el estómago por debajo de las costillas, una y otra vez.

Antoinette abrió los ojos y vio el rostro de un hombre joven, de cabello abundante, con bigote y barba bien recortada.

Lo miró sin protestar, sin decir nada, mientras sus pulmones ya respiraban por sí mismos.

El se hizo a un lado, dejándola, y se quedó sentado jumo a ella respirando con fuerza. Después, se volvió para mirarla y le sonrió irónico.

—Bueno, ya vives. Espero que no se te ocurra montar de nuevo en una moto.

Antoinette movió los ojos, luego la cabeza. La motocicleta estaba en la cuneta, y también fuera del asfalto había un automóvil de color azul oscuro.

—¿Dónde estoy?

Junto a la carretera.

—Me he caído, ¿verdad?

—Sí, no hemos llegado a chocar. Te he visto venir y me he salido de la carretera, pero tú te has ido al suelo. He corrido para ver qué te pasaba, has tenido un paro cardíaco. Menos mal que hice un cursillo de socorrismo. Primero he tenido que golpearte el pecho; bueno, lo siento, aunque debo decirte que no te he golpeado los pechos, son muy bonitos sin duda.

Antoinette se llevó las manos a los senos y los notó desnudos. Sin prisas, se cubrió con sus propias ropas, desordenadas.

—Gracias.

—Bueno, la respiración boca a boca también ha .funcionado. He pasado un buen susto. De todos modos, tienes que ir a ver al médico.

—¿Para qué, si ya estoy bien?

—No estás bien, insisto en que debes visitar a un médico. Un paro cardiaco, aunque te recuperes, siempre es algo serio. Además, estarás llena de magulladuras, seguro que mañana no vas a poder moverte. Te saldrán moretones en abundancia.

—Estoy bien, estoy bien.

Se sentó. En aquellos momentos pasó un coche, iban varias personas dentro de él y miraron hacia la pareja. Antoinette no le dio importancia y mucho menos el joven del cabello lacio que acababa de salvarla.

—Cuando se intenta superar un paro cardiaco, se suele romper alguna costilla; lo primero es que el corazón vuelva a latir. Creo que no te he roto ninguna, pero mejor será que el médico lo compruebe.

Antoinette se inclinó hacia adelante y comen/ó a llorar convulsivamente, como si pasara de un tránsito a otro sin previo aviso. Era como si hubiera contenido dentro de su cuerpo todo aquel llanto pleno de desesperación que,

de pronto, estallaba.

—Es bueno llorar después de un susto. Llora, llora todo lo que puedas y después te sentirás mejor. Por cierto, no habrás robado la moto, ¿verdad?

—Era de Charles.

—¿Era? Pienso que la máquina no está inservible, aunque sí es posible que tenga que ser llevaba al taller. Mira, la dejaremos aquí y te llevaré a la villa, vamos.

Antoinette se dejó llevar dócilmente hasta el automóvil, un coche pequeño pero robusto y veloz.

—Ah, me llamo Raymond, pero suelen llamarme Ray.

Ella no dijo nada. El puso el motor en marcha, hizo la maniobra de dar la vuelta y enfiló la carretera, hundiendo el pedal en el acelerador.

—Tú ibas a la villa, ¿verdad?

—Sí, sí, a la y illa. ¿Puedes llevarme a mi casa?

—Mejor sería llevarle a tasa del médico.

Pasaron jumo a un camino que se adentraba en una aldea próxima. Diez kilómetros más lejos arribaron a las afueras señoriales de la amplia villa. A derecha e izquierda de la carretera se levantaban dos urbanizaciones con chalets residenciales y de veraneo. Después, comenzaron a abrirse a derecha e izquierda las calles del casco urbano de la villa.

—¿Dónde vives?

—Rue Gambetta, catorce.

—Esa calle sí sé dónde está —dijo Ray.

Pasando junto a una larga hilera de automóviles aparcados, dobló por un boulevard que nacía en una plaza amplia en el centro de la cual había una estatua ecuestre como homenaje a Jeanne d'Arc, y no tardó en detenerse frente al número catorce de la calle.

—Gracias.

—Eh, espera, te acompaño.

—No, no, no hace falta.

—¿Seguro?

—No. —Ella vaciló—. Si al anochecer te pasas por Cancrelat puede que volvamos a vernos; la verdad es que te debo la vida.

—¿Cancrelat, dices?

—Sí, es una discoteca nueva. ¡Adiós!

Ray se encogió de hombros. Antoinette sacó una llave del bolsillo de su cazadora y se franqueó la puerta, entrando en la vivienda. Una mujer salió a recibirla con grandes aspavientos.

—¿Dónde estabas, dónde has pasado la noche? ¡Dios mío, Dios mío, vas a matarme! Tu padre ha ido a la gendarmería para que te busquen...

—Pues llama a la gendarmería y diles que ya estoy en casa.

—¿Así, así de simple?

—Claro.

De pronto, la madre, puesta en jarras delante de ella, cambió de actitud:

—Antoinette, hija, ¿has tomado alguna precaución?

La joven observó que su madre, después de la ira, comenzaba a sollozar, o por lo menos lo parecía.

—¿Precaución?

—Sí, bueno, es que aunque haya mucha libertad, podría venir un niño y ya sabes que tu padre y yo estamos en contra del aborto...

—Mamá. —Le puso las manos sobre los hombros y la besó en ambas mejillas—. Si es por eso, tranquilízate; sigo siendo tan doncella como cuando me echaste al mundo.

—¡Hija, hija! —la estrujó entre sus brazos, besándola ella ahora.

—Ay, mamá, que me haces mucho daño...

—¿Qué te pasa, hija? Si no te he hecho nada...

—Es que me he caído de la moto. Un joven me ha tenido que hacer la respiración artificial; había quedado como muerta.

—¡Oh, Dios; Ve, ve a tu cuarto, que vuelvo en seguida.

Antoinette se dirigió a su habitación y se desnudó. Se puso un albornoz y se metió en la ducha. Una vez limpio su cuerpo, dejó resbalar por la suave y juvenil piel un camisón y se metió en la cama. Al poco, olía a café con leche y miel. Su madre llegó tartamudeando.

—Ahora mismo viene papá. Lo he encontrado en la gendarmería y también viene el doctor.

—Mamá, he pasado mucho miedo.

—Me lo figuro, hija, me lo figuro.

—Quiero dormir, dormir mucho.

—No te preocupes, que con esto dormirás.

Antoinette no se durmió. Su padre llegó con gran rapidez y la cólera por haber pasado la noche fuera se transformó en verdadera preocupación ante lo que podía haberle ocurrido.

—¿Te has roto algo, hija, te has roto algo?

El médico, reclamado con urgencia, no tardó en presentarse. Miró al padre y le pidió que saliera de la estancia. Después, se encaró con la muchacha y le preguntó:

—¿Es cieno que te has caído de una motocicleta?

—Sí.

—¿A qué velocidad ibas?.

—No lo sé. Me he despertado cuando me han recogido en la carretera.

—¿Quién, hija, quién ha sido? —Preguntó la madre—. Habrá que darle las gracias.

—Un hombre joven que lleva barba, no es de aquí.

—¿Tiene un coche azul oscuro? —inquirió el médico.

—Sí.

—Se llama Raymond Labosié.

—¿Le conoce usted, doctor?

—Estuvo a verme. Es oceanógrafo, trabaja para el gobierno. Lleva la

investigación de las microbacterias que existen en las costas francesas. Bueno, es muy joven, está de ayudante de alguien importante, pero parece que es un muchacho que promete.

—¿Oceanógrafo, dice?

—Sí, pero ahora sólo responderás a lo que te pregunte.

Bajó la sábana y por encima de la camisa, comenzó a palpar a la muchacha.

—¡Ah!

—¿Te duele aquí?

—Sí.

—¿Y aquí?

—No.

—Bueno, bueno.

El médico prosiguió su inspección y al cabo de casi media hora dijo:

—Parece que todo está bien. No tiene nada roto, aunque sí varios golpes que habrá que vigilar. Mañana, cuando se encuentre mejor, que venga a mi consulta y la pasaremos por la pantalla. Podría ser que alguna costilla...

—Ray ha dicho que se me había parado el corazón.

—¡Dios mío! —vaciló la madre, al borde del desmayo.

—No se preocupe, madame, le haremos un electrocardiograma, pero no será nada serio. No obstante, le conviene reposo. Ahora le pondremos una inyección sedante y a dormir.

Antoinette no protestó. Necesitaba dormir y sin pesadillas, por ello no tardó en cerrar los ojos. No se quejó del pinchazo y escuchó los cuchicheos de su madre con el doctor Travené.

Se dijo que nadie se había interesado por Charles aunque, después de todo, no sabían que había caído precisamente de la moto de Charles. ¿Qué les diría cuando le hiciesen preguntas?

CAPITULO III

La discoteca Cancrelat no era la única sala de juventud que poseía la villa; sin embargo, ésta tenía un buen ambiente, si se valoraba por los jóvenes que movían sus huesos al ritmo de las danzas de ultísima hora.

El humo apenas dejaba ver el techo y las carcajadas sin sentido se podían escuchar de cuando en cuando. Era seguro que algunos de los presentes debían fumar marihuana; muchachas y muchachos que «pasaban» de todo y que no eran distintos a los que podían encontrarse en Londres, París, Barcelona o Roma. La juventud se hacía uniforme en sus gustos a fuerza de buscar una personalidad que los diferenciase.

Ray fue al mostrador y pidió una «cubata». Con el vaso en la mano, buscó una silla donde dejarse caer.

Había tenido un duro trabajo, ya que parte de su tiempo lo había invertido en ayudar a la chica de la moto.

No tenía intención de bailar ni de «ligar», sólo quería interesarse por Antoinette y no era el caso de ir a visitarla a su casa. Si ella aparecía por la Cancrelat, bien, si no, luego se iría a dormir al hotel.

De pronto se vio rodeado por tres muchachas, tres caras bonitas de ojos brillantes y decididos que en nada debían de parecerse a los rostros femeninos de un siglo atrás, que casi no se atrevían a mirar a un hombre a la cara.

Las tres chicas se sentaron a su misma mesa y la de cabellos más rubios y lacios, unos cabellos que le caían por la espalda y sobre el busto, le preguntó:

—Tú eres el que se ha chupado a Antoinette, ¿eh?

Ray parpadeó primero y sonrió después.

—¿Eso se dice de mí, que me la he chupado?

La morena puntualizó:

—Louise quiere decir que le has hecho el «boca a boca».

—Ha corrido la noticia, ¿eh?

—Sí, es que hemos llamado a la casa de Antoinette —dijo la morena, que respondía por el nombre de Georgy.

—¿Y cómo me habéis conocido?

La tercera de las muchachas, de rostro redondeado y cabello muy corto de un bello color café, se identificó:

—Soy la hija del doctor Travené.

—Ah, sí, el doctor Travené. Le estuve visitando, no sabía que tuviera una hija.

—Pues sí la tiene, y me llamo Henriette.

—¿Ha visitado él a Antoinette?

—Sí.

—¿Y cómo está?

—Le ha dado un sedante, no ha sido nada grave. Pero, ¿y Charles?

—¿Charles? —repitió Ray sin comprender.

—Sí, Charles se fue ayer con Antoinette —le explicó Georgy.

Louise inquirió:

—¿No se ha caído en la carretera con la moto?

—Sí, se cayó delante mío.

—Pues Charles estaría en alguna parte, ¿no? —preguntó Georgy.

—No, no, ella iba sola en la moto. Era evidente que estaba mareada o no sabía conducirla porque, al verme a mí en dirección contraria, ha perdido el control y ha aterrizado. Menos mal que he logrado salir a tiempo de la carretera porque podía haber sido una tragedia.

Las tres chicas se miraron entre sí, perplejas.

Georgy movió su cabeza, pensativa, y observó:

—Antoinette no sabe llevar moto, como máximo velomotor.

—¿Seguro que iba sola? —insistió Louise.

—Sí, se cayó delante de mí. Pasó un mal momento; por suerte, pude poner en práctica mis conocimientos de socorrismo.

—¿Por qué no le hablamos claro? —preguntó Louise a sus amigas.

—Bueno, tengo mis orejas levantadas; si os puedo ayudar...

Sin esperar la respuesta de sus compañeras, dando por sentado que aceptaban su actitud, Louise explicó:

—Ayer tuvimos un poco de fiesta en un chalet.

—¿Una fiesta con porros, cachimba y demás útiles para idiotizarse, creyendo que se alcanza la libertad?

—Oye, éste está contra las drogas blandas —rezongó Georgy.

—Estoy hasta en contra del tabaco.

Henriette, refiriéndose a él, explicó:

—Estudia los microbios del mar, y tiene aprensión a todo lo que contamina.

—Pues aquí, te pondrás malo —observó Georgy.

—Soy oceanógrafo en la rama de biología y microbiología, eso es todo. Ah, y me gusta el voto verde. Yo fui en bicicleta por París.

—Bueno, bueno, cada cual tiene derecho a pensar lo que le dé la gana —observó Louise, y añadió después—: Estuvimos en un chalet; no se trata de drogarse, pero hubo alguno que quizá lo hizo, el caso es que si hubo alcohol. Se formaron algunas parejas. Charles se llevó a Antoinette con la molo y nadie se preocupó; Antoinette sabía lo que se hacía.

—¿Con el alcohol en su cabeza? —preguntó Ray.

—Bueno, no era cosa de acompañarles. Se fueron juntos y luego, esta mañana, nos hemos enterado de que ha tenido un accidente de motocicleta, pero Charles no está.

—Puede que Charles se haya largado o todavía esté durmiendo la borrachera en alguna parte —objetó Ray.

Las tres muchachas no parecían muy convencidas. De pronto, Louise exclamó:

—Eh, mirad; ahí llega Antoinette. Ella nos lo dirá iodo.

Antoinette avanzó hacia el grupo pero no sonriendo, sino con un rostro que semejaba ausente.

Ray cogió una silla de otra mesa y la puso al alcance de la muchacha para que se sentara en ella.

—¿Cómo te encuentras, Antoinette? —preguntaron al unísono sus tres amigas.

—Mal.

—Debiste quedarte en cama, sé que el doctor te ha visitado.

—Papá dice que estás bien, pero hay que reconocerte más a fondo —comentó Henriette.

—No me siento nada bien, pero quería venir a verte —dijo mirando a Ray especialmente.

—No era necesario. Hubiera sido mejor que continuaras en la cama, estarás magullada.

—El doctor me inyecto un sedante.. He dormido muchas horas, pero me he despertado. He tomado un vaso de leche y he venido aquí.

—¿Y tu madre no ha protestado? —preguntó Henriette.

—He salido de casa sin decir nada, o si no, mi madre se habría puesto a chillar.

—Y tú deseabas venir para contar algo que no has dicho esta mañana, ¿no es cierto? —preguntó Ray.

—Sí.

—Cuenta, cuenta —pidió Henriette, vivamente interesada.

Georgy, ames que Antoinette hubiera podido responder a nada, preguntó:

—Se trata de Charles, ¿verdad?

—Ayer, en el chalet del alsaciano, bebimos demasiado. No sé si en lo que me dieron a beber a mi había droga o no.

—La verdad es que nos pasamos un poco —aceptó Louise.

Henriette movió la cabe/a, preocupada.

—Croo que Gervais hizo una de sus mezclas, ya sabéis, anfetaminas y otras cosillas. Prepara el cóctel, lo mezcla con los refrescos, lo sirve y...

—El resultado es una orgía —opinó Ray.

—No irás a denunciamos, ¿verdad? —preguntó Georgy, algo asustada.

—No soy vuestro padre ni la policía. Si queréis estropearos el hígado y los sesos, es cuenta vuestra.

—Yo no quería tomar drogas —rezongó Antoinette.

—Yo tampoco, ni sé si me tocó parte de esas mezclas —añadió Louise.

—Bueno, muy inocentes, muy inocentes, no lo sois, pero es cosa vuestra —les dijo Ray.

—Tiene razón —suspiró Antoinette, y prosiguió—: Charles me llevó con la moto, dijo que iríamos a volar.

—¿Y volasteis? —preguntó Henriette.

—Se salió de la carretera y nos metimos por un camino que conduce a una playa donde hay una casa albergue para pescadores. Es un lugar muy solitario,

con una playa larga, donde la marea sube y baja mucho.

—Conozco el lugar —indicó Louise—. He ido en alguna ocasión. Es una playa muy larga, pero no es buena para bañarse. Cuando te descuidas, el agua empieza a subir y ni corriendo te escapas de que te alcance.

—Déjala, Louise, déjala que se explique —pidió Georgy, interesada.

—Me llevó a la casa de los pescadores y allí preparó un fuego. Creo que los dos íbamos a cometer una estupidez; él me encerró en un cuarto.

—¿Y te violó? —preguntó Henriette.

—No, no pasó nada entre él y yo. Lo que sucedió fue horrible; yo estaba encerrada en una habitación cuando sonó la sirena de un buque.

—¿La sirena de un buque en la noche? ¿Y eso tiene importancia?

Antoinette no hizo caso de la observación de Georgy, y prosiguió:

—Entraron en la casa de pescadores unos seres extraños, horribles. No los vi bien, yo miraba por el agujero de la cerradura de la puerta y sólo había la luz que nos brindaba el fuego de la chimenea, pero le vi los ojos a uno y os juro que me aterré. —Al decir esto, sufrió un escalofrío que daba verosimilitud a su relato—. Se llevaron a Charles, él gritaba, pero se lo llevaron. Dejó la ropa allí, y no lo volví a ver.

—¿Y qué hiciste tú? —preguntó Louise.

—Me escondí bajo un camastro y allí pasé, temblando, el resto de la noche. Esta mañana, al amanecer. Charles no estaba, pero sí su ropa. Yo he abandonado la casa de pescadores, he cogido su moto y he salido a la carretera y me he ido. De no haber estado Ray, me habría matado.

—¿De veras se llevaron a Charles? —preguntó Georgy, muy interesada.

—Sí, yo vi cómo se lo llevaban. Le oí gritar de terror y al día siguiente vi el barco varado sobre la arena; es un barco muy viejo. No lo había visto jamás, estaba como volcado sobre la arena.

—¿No será todo eso el resultado de la droga? —preguntó Georgy.

—Os juro que ni droga ni bebida. Charles desapareció y yo huí con la moto.

—Si se llevaron a tu amigo, puede tratarse de un secuestro —opinó Ray.

—¡Qué emocionante! —Exclamó Georgy—. Un secuestro, aunque habría sido más divertido secuestrar a una chica, porque a un chico... ¿Qué le van a hacer ahora?

—Proposiciones deshonestas —se burló Louise.

—No os burléis; en la casa de pescadores quedó la ropa de Charles y yo me escapé con su moto. ¿Dónde está Charles entonces?

—Habrá que avisar a la gendarmería —observó Henriette—. Mi papá dice que siempre que hay problemas, conviene avisar a la gendarmería.

—Yo no soy de aquí, sólo estoy ocupado en un trabajo que me llevará algunas semanas, pero pienso que quizá Charles pudo desear gastaros una broma y, si dais parte a la gendarmería y se trata de una broma, vais a quedar en ridículo; es más, se va a descubrir todo lo de vuestra reunión en ese chalet del alsaciano, del que habéis hablado.

—Sí, él tiene razón —observó Louise.

—Pero si Charles no aparece... —dejó caer Henriette en tono misterioso; ella era partidaria de avisar a la gendarmería.

—¿Qué os parece si vamos a dar un vistazo a ese lugar? Uno o una puede ser fácil de sugestionar, pero cuatro ya es más difícil.

—¿Qué te parece, Antoinette? —preguntó Louise.

—Yo no vuelvo allí, no vuelvo.

—Quizá sea lo mejor, si tanto miedo cogiste. No será una broma que os traéis entre tú y Charles, ¿eh? —preguntó Henriette.

—No, no es ninguna broma y no me importa confesar que tengo miedo.

—Si vamos todos juntos, no creo que haya por qué temer nada —observó Ray.

—Habrá que enfrentarse a la realidad. Si Charles ha desaparecido, hay que buscarlo y, si no lo encontramos, habrá que dar parte a la policía —le indicó Henriette.

—No quiero que mis padres sepan que Charles me llevó a aquella casa.

—Bah, no nos vengas ahora con tonterías de niña de colegio de monjas —se mofó Georgy—. Todos sabemos a lo que te llevó.

—¡No pasó nada entre él y yo, nada!

—Bueno, bueno, no es para enfadarse tanto —le replicó Georgy.

—Está bien, vamos.

—Huy, qué diversión, esto no me lo esperaba —se felicitó Henriette, estremeciéndose.

—Un momento, un momento... ¿En qué vamos a ir, está lejos?

—Yo tengo mi coche afuera. Aunque un poco apretados, cabremos todos —advirtió Ray.

—Pues no se hable más. Vamos y veremos qué tiene de verdad y qué de fantasía lo que nos ha contado Antoinette —dijo Louise, poniéndose también en pie.

Abandonaron la discoteca y se acomodaron, con muchas estrecheces, en el automóvil de Ray.

Louise, Henriette y Georgy se colocaron atrás y Antoinette, junto al volante. El coche sólo tenía dos puertas, de modo que quedaban materialmente encajonados allí dentro.

—En marcha —dijo Ray, encendiendo los faros.

—Eres un tío de suerte, Ray —observó Louise, desde el asiento de atrás.

—¿Por qué? —preguntó, sin dejar de prestar atención a la conducción.

—Nada más llegar a la villa, te ligas a cuatro chicas. ¿Ya podrás con todas nosotras? —Y se echó a reír.

Ray también rió, y se dio cuenta de que lo que trataba de hacer Louise, la más rubia del grupo, era quitar inquietud, dar buen humor a la salida nocturna.

—¿Y qué pasará cuando tus padres noten que te has marchado de tu habitación? —preguntó Henriette.

—Les he dejado una nota diciendo que salía a pasear un rato.

—Con lo que es tu madre, se va a poner histérica —le observó Georgy.

—Louise era la más animosa, la que hablaba con más desparpajo y parecía más segura de sí misma. A Ray le gustó; en realidad, le gustaban las cuatro muchachas, cada una en su estilo y belleza, pero Louise y Antoinette eran las que más le gustaban.

Ray conocía ya la carretera y no le costó dirigirse al lugar donde Antoinette había aterrizado con la motocicleta del desaparecido Charles.

El lugar estaba como a treinta kilómetros de la villa bordeando el mar, en ocasiones acercándose a los acantilados o playas, otras veces alejándose, ya que allí las mareas eran bastante peligrosas y, al trazar la carretera, se habían tenido en cuenta las grandes pleamares.

—¿Por dónde es ahora?

—No me acuerdo bien, pero es un camino que sale a la derecha. Con el coche no podrás pasar, es muy malo.

—Veremos.

—Aquí atrás no vemos a los fantasmas —se rió Louise.

—¿Y si le tapamos los ojos al conductor? —Propuso Georgy—. Será más divertido.

—No tiene gracia —protestó Antoinette.

Ray disminuyó la velocidad. Giró el volante y se salió de la carretera. El camino se abría ante ellos, los faros lo iluminaron y pudo comprobar que, efectivamente, era un camino malo. Había surcos provocados por las lluvias que se había llevado la tierra abriendo sus propios canales en dirección al mar.

—No podrás llegar —advirtió Antoinette.

—El coche es fuerte y alto de fondos; veremos de evitar los socavones y sí se para, todos abajo y a empujar.

—¡Cuidado, chicas, este forastero quiere convenirnos en mulas de tiro! —bromeó Louise.

Pese a las continuas chanzas, Antoinette no conseguía reír.

Ray tenía mucha confianza en su coche y en su propia habilidad; no obstante, el automóvil se inclinaba peligrosamente a un lado y a otro. El motor roncaba con fuerza y se escuchaban golpes en los fondos, indicativo de que no todas las piedras eran evitadas.

—Al regreso, como hace mucha pendiente, subiré solo con el coche y vosotras iréis detrás caminando.

Todas protestaron a gritos. La excursión se estaba convirtiendo en una juerga, sólo faltaba que en aquel continuo zarandeo al que se veían sometidas las muchachas, se pusieran a cantar alguna canción de escuela.

Al fin el coche, no sin pasar ciertos riesgos, llegó frente a la playa. Los faros iluminaron la casa de pescadores y Ray preguntó:

—¿Dentro hay luz?

—No —denegó Antoinette.

—Entonces la iluminaremos un poco.

Ray maniobró con el automóvil hasta situarlo frente a la casa con los faros

encendidos con la luz larga, de tal modo que la fachada quedaba plenamente iluminada y la luz se introducía en la propia casa, que tenía todo el aspecto de hallarse abandonada.

Todos tenían deseos de salir del coche en el que habían viajado más que comprimidos. Hacia frió en aquella noche tan oscura.

Las chicas, con caladoras y jerseys, iban bien abrigadas y se sentían protegidas contra el frío nocturno. Soplaba un ligero viento del noroeste y mirando hacia el mar, todo era tan oscuro que nada se veía. El cielo seguía encapotado, ocultas las estrellas.

—Qué noche de lobos, como dirían en los cuentos —contentó Ray.

Gracias a las luces del coche, entraron en la casa de pescadores.

—¿Dónde está la ropa de Charles? —preguntó Georgy.

Ray, que se había provisto de la linterna que llevaba en la guantera, fue iluminando todos los rincones. Había mucho desorden. Enfocó hasta las cenizas, que estaban frías.

—Han pasado muchas horas, es lógico que esté todo frío —observó Ray.

—No es posible. Las ropas estaban aquí esta mañana.

Antoinette parecía sincera, pero sus amigas no estaban demasiado dispuestas a creerla.

—No hay nada; Charles te ha jugado una mala pasada —le dijo Louise.

Por su parte, Henriette opinó:

—Menos mal que no hemos avisado a la gendarmería.

—Seguro que se lo llevaron y que la ropa estaba aquí. No podía pasarse la noche desnudo, con el frío que hacía; no podía.

—De modo que estaba desnudo, ¿eh? —Se rió Georgy, con mucha picardía.

—¡No me creéis, no me creéis!

Ray la cogió por los hombros, al comprender que Antoinette se iba a poner a llorar o echaría a correr, lo que sería peor con la noche tan oscura que hacía.

—Tranquilízate, es posible que haya pasado algún vagabundo por aquí y se haya llevado la ropa.

Antoinette se volvió hacia él. Las palabras de Ray eran una esperanza para ella, que deseaba que la creyeran.

—Bueno, aquí dentro no hay mucho más que ver y no parece el mejor lugar para hacer el amor —comentó Louise.

—¡No hicimos el amor! —protestó Antoinette que comenzaba a sentirse marcada.

—A lo mejor. Charles se esconde en ese barco que dices que hay en la playa.

A la indicación de Henriette, salieron todas de la casa de pescadores, viéndose cegadas por la luz de los faros, que les dio de lleno en la cara. Rebasaron los faros y trataron de ver en la oscuridad.

—No se ve nada, todo está negro —musitó Georgy.

Ray se subió al automóvil y maniobró haciéndole dar media vuelta.

Con la luz intensiva, buscó por encima del ag.ua cuando oyó gritar a las muchachas:

—¡Ahí, ahí está el barco!

Aunque no muy bien a causa de la distancia, podía verse el barco gracias a la luz de los faros.

—Dejare el coche al ralentí para que no se gaste la batería.

—¿Quién de vosotras sabía que ese barco estaba ahí? —preguntó Antoinette, desafiante.

—No teníamos por qué saberlo. Estamos muy lejos de la villa, hay otras aldeas de por medio. Parece un viejo barco embarrancado y abandonado —observó Louise.

—Si de alguna parte surgieron esos seres que se llevaron a Charles, debió ser de ese barco.

El agua había llegado hasta cerca de donde se hallaban ahora. Ray se movió con la linterna de mano hasta dar con uno de los botes al que dio la vuelta. Debajo de él estaban los reinos.

—¿Qué os parece si vamos a visitar el barco embarrancado? —preguntó Ray empujando el bote hasta el agua.

—Yo no voy —advirtió Antoinette—. Además, no me siento muy bien, estoy algo mareada, sólo me faltaría subir al bote.

—Si el agua está que no se mueve —observó Georgy.

—Es cierto —admitió Ray—. La marea está alta, pero no hay oleaje. Además, aquí debe haber poca profundidad. Lo máximo que puede pasar es que nos mojemos los pies.

—Yo voy —dijo Louise.

—Yo también —aceptó Georgy.

—Pues yo también —dijo Henriette—. Si hay que divertirse, hagámoslo en grande.

—¿Vals a dejarme sola? —se asustó Antoinette.

—Quédate dentro del coche, no pasarás frío.

Antoinette vaciló, pero al fin aceptó.

—Me quedaré dentro del coche, no tengo ganas de subir al bote. No me encuentro bien, palabra que estoy mal.

—Puede que todavía estés bajo los efectos del sedante que te ha inyectado mi padre —le observó Henriette.

—Quizá.

—No hagas la misma tontería que con la moto de Charles, ¿eh? —le advirtió Ray.

Por unos momentos, tuvo deseos de quitar las llaves del contacto, pero no lo hizo porque habría detenido el motor, y también desconectado las luces.

—No, no lo pondré en marcha, esperaré a que volváis; aunque mejor sería que no fuerais.

—¿Por qué tienes miedo de ese buque abandonado? —preguntó Ray.

—No lo sé, me parece siniestro.

—Sólo es un barco embarrancado que está en un lugar muy difícil de sacar. Es posible que llegara hasta aquí en una gran pleamar y luego las marcas normales no han sido suficientes para sacarle de donde está. No hay suficiente nivel de agua para que flote; un buque, por viejo que sea, siempre es un negocio para los desguazadores.

Dejaron a Antoinette en el coche y el bote fue colocado sobre el agua, pero no había bastante calado para que flotara.

La quilla rozaba con la arena pedregosa del fondo que durante el día había estado al descubierto muy lejos del agua, y que ahora aparecía cubierta por la subida de la marea del atardecer.

Había ciertas horas al día en que se podía caminar hasta el barco, visitarlo y salir de él andando sin más problemas; pero cuando la marea estaba alta, tenía que utilizarse un bote o ir nadando y, con el frío que hacía, no era esta última solución la más apropiada.

Ya se hallaban los cuatro sobre el bote cuando Ray propuso:

—Hundid el reino como hago yo y empujad entre dos con fuerza. Yo también lo haré, a ver si conseguimos que se desplace. No le falta mucho para que encuentre el calado suficiente.

Mientras maniobraban con el bote sobre aquellas aguas, tan quietas que semejaban estancadas, los dos ojos luminosos del automóvil semejaban observarles con mucha atención. Antoinette les contemplaba desde detrás del cristal parabrisas.

—¡Ya está, ya está! —gritó Louise, alegre, al comprobar que el bote se balanceaba, lo que era indicativo de que la quilla había dejado de tocar fondo. En realidad, si se salían del bote, el agua no habría de llegarles ni a la rodilla.

—Hay tan poca profundidad que lo mejor será que utilicemos los remos como pértigas para empujar el bote. Vamos, lo mismo que hemos hecho hasta ahora, pero será más fácil.

El bote, con los cuatro a bordo, comenzó a desplazarse en dirección al buque embarrancado en aquella playa que sólo quedaba cubierta por la marea alta.

La playa era larga, pero no lardaron en llegar al casco del buque viejo y herrumbroso. La pintura estaba desconchada, posiblemente nadie se atrevía a desplazarlo a parte alguna flotando, aunque fuera arrastrándolo, por temor a que se hundiera en cuanto se encontraran con el calado suficiente para que se fuera a pique.

—Aquí no es muy hondo —dijo Ray hundiendo el remo en el mar.

Calculó que el agua, en aquel punto y como máximo, les llegarla a la altura de las telillas.

—No podremos subir —le observó Louise.

—Rodeémoslo, a ver si encontramos su escalerilla.

Lo que hallaron abierta fue la compuerta de carga de carbón para la bodega y, como el barco estaba escorado de babor, es decir, del lado donde estaba la gran compuerta, fue fácil acceder a ella.

—Por aquí podré entrar. Es mejor que vosotras os quedéis en el bote.

—No, yo no me quedo dentro —dijo Georgy, mientras la luz de la linterna de Ray rasgaba la oscuridad del interior del viejo buque que ya no podría navegar más.

Todos saltaron al interior del barco y Ray se cuidó de sujetar el bote con el cabo de cuerda.

—Aquí nos podemos hacer daño —advirtió Ray viendo los hierros que abundaban eh derredor, hierros que se rompían con la simple presión de la mano, ya que la corrosión era casi completa.

De no haber sido por la linterna de Ray, Hubiera sido materialmente imposible moverse dentro del barco. Ni un ciego con su bastón habría podido salir con bien del siniestro lugar, que más parecía un cepo gigante, repleto de hierros amenazantes, que un buque para desguace.

Los ruidos se multiplicaban bajo los cuatro pares de pies humanos. Chirridos, gruñidos... Había infinidad de ruidos que se transmitían con gran facilidad, se distorsionaban y hallaban eco en otros puntos del destartalado buque.

—Con el poco calado que hay aquí, no comprendo cómo ha podido llegar hasta este lugar —comentó Ray en voz alta.

Louise observó:

—Cada varios años se producen aquí pleamares y la altura del agua sube mucho. Si encima hay tormenta, pueden venir olas hasta de quince metros de altura.

—Entonces, hay que pensar que ha llegado a caballo de una de esas olas gigantescas en una gran pleamar. Lo que me pregunto es si las autoridades de Marina saben que este trasto viejo está aquí varado, claro que, como no ofrece ningún peligro a la navegación, estarán esperando que se pudra del todo y se caiga a pedazos de puro viejo y oxidado.

Mientras ellos iniciaban cautelosamente el ascenso por una escalera del interior del buque, Antoinette seguía sentada dentro del coche.

Había empezado a fumar y deseaba que Ray y sus tres amigas regresaran cuanto antes para marcharse de aquel lugar.

Las chupadas al cigarrillo eran rápidas, nerviosas. Comenzaba a lamentar haberse quedado sola en el coche. Pensó también que había sido una estúpida al acercarse a un sitio tan solitario, siendo de noche. Podían haber ido durante el día, más ya no tenía remedio. ¿Qué pensarían en su casa al comprobar su retraso?

Antoinette estaba preocupada, pero ya nada podía hacer; debía esperar a que el joven forastero y las tres muchachas terminaran de visitar el buque abandonado, aquel buque sin bandera que apareciera embarrancado en la playa solitaria, una playa tan traidora que nadie se acercaba a ella para bañarse, ni aun en los mejores días del verano, ya que el espacio que recorría el agua en subidas y en descensos, según las mareas, era tan largo que resultaba muy peligroso encontrarse atrapado por las aguas.

Pasaron los minutos, y tuvo la desagradable impresión de que una mirada se clavaba en ella, una mirada obsesiva y escrutadora, una mirada que no podía partir de muy lejos. Era la misma sensación que podía experimentarse al hallarse sentado en la butaca de un cinematógrafo, y que obligaba a volverse para encontrarse con unos ojos fijos.

Antoinette notó incomodidad, como si la nuca se le endureciera, como si no pudiera girar la cabeza.

Dejó de mirar hacia el buque, débilmente iluminado por los faros del coche, que runruneaba al ralentí, y alzó sus pupilas para observar a través del espejo retrovisor.

Por el cristal posterior del auto vio que, efectivamente, unos ojos en la noche la escrutaban, desde el exterior.

Todo era negro, mas pudo ver los ojos, quizá por el brillo de las luces o reflejos en los niquelados o en la mismísima pintura. De lo que no le cabía ninguna duda era que, efectivamente, había dos ojos.

Como para cerciorarse, giró bruscamente la cabeza y los vio, sin ayuda del espejo retrovisor. Entonces, gritó, gritó todo lo que pudo, pero los ojos no se movían, seguían clavados en ella.

Antoinette se ladeó y. con el codo, hizo sonar fortuitamente el claxon del coche. El estruendoso bocinazo la hizo reaccionar. Se agarró al volante con todas sus fuerzas, y repitió el sonido.

Ray y las tres muchachas tenían dificultades para desplazarse por la oxidada y a la vez podrida cubierta del buque. El sonido del claxon, que luego se repitió, les llamó la atención.

—Antoinette se impacienta —comentó Georgy.

—No hace tanto rato que la hemos dejado sola —observó Henriette.

Ray opinó:

—Estando sola, el tiempo se le hace eterno.

Movió su linterna, de modo que Antoinette, desde el coche, pudiera ver la luz, y comprobar que estaba bien. El Claxon dejó de sonar.

—Ya nos ha visto —dijo Louise.

—En este buque no hay nada interesante que ver —gruñó Henriette—. Está todo que se cae.

Louise se cogió a una especie de baranda para no caer, ya que el suelo de la cubierta se hallaba inclinado, cuando la baranda cedió. Louise lanzó un grito y resbaló. Cayó y rodó hasta dar contra una gran caja de madera, que debía estar podrida y que se abrió en parte.

Louise, todavía confundida por la caída, notó que varias cosas le corrían por los brazos, por el cuerpo, y chilló, aterrorizada.

—¡Socorro!

Ray corrió hacia ella, iluminándola, y de inmediato identificó lo que estaba pasando por encima de Louise.

—Son cangrejos.

Georgy y Henriette también gritaron, aunque se hallaban a distancia. Ruy

ayudó a Louise a ponerse en pie, sacudiéndole de encima aquellos grandes cangrejos, oscuros de color y repugnantes como arañas. La muchacha no dejaba de gritar, aterrorizada.

—Ya está, ya está — le dijo Ray, calmándola.

—¡Quiero irme, quiero irme de aquí! —gritó Louise.

—Se ve que estos cangrejos se han refugiado aquí.

En realidad, Aquello no era una caja si no una abertura hacia el interior del buque. De la parte alta colgaba una soga y de la soga, algo que se movía. Ray lo iluminó, y tuvo que cerrar los ojos por unos instantes.

—Por favor, la que tenga más serenidad que se acerque, pero sólo la que sea capaz de aguantar una mata impresión.

Las tres muchachas vacilaron. Al fin, Louise, respirando hondo, preguntó:

—¿Qué, que es?

—¿Reconoces eso?

Enfocó la cabeza del ahorcado, recubierta de repugnantes cangrejos, que la devoraban.

—¡Dios mío!

—¿Es Charles?

—No lo sé.

—Podría cortar la cuerda, pero se iría al fondo.

Henriette y Georgy se acercaron también.

—Hay que avisar a la policía, no podemos tocar nada —gruñó Ray.

—¿Quién lo habrá ahorcado? —se preguntó Georgy, en voz alta.

—No creo que haya venido aquí por su gusto —rezongó Ray.

—¿Habrá algún asesino por aquí?

—Vamos, vamos a la barca —pidió Ray, preocupado.

Llevando a las tres muchachas, si les salía algún sicópata iba a tener problemas. Aquél era un lugar idóneo para convertirse en el refugio de uno o más locos.

—Vamos abajo, de esto se tiene que encargar la policía.

Buscaron la puerta que les conduciría a las escaleras interiores que llevaban a la carbonera. Iban aprisa con el temor de que alguien les pudiera atacar en aquella oscuridad, sólo rota por la linterna de Ray, el cual procuraba iluminar el peligroso camino a las tres muchachas. Varios hierros más se desprendieron.

De pronto, Ray topó con un salvavidas que estaba casi destruido por el tiempo. Lo hubiera pasado por alto si bajo el haz de luz de la linterna no hubieran aparecido unas letras.

—Un momento.

—¿Qué sucede? —preguntó Henriette.

—No temas —les pidió Ray, sabiendo que las tres muchachas estaban con el miedo metido en sus cuerpos, y faltaba muy poco para que echaran a correr, despavoridas, y se mataran al chocar contra algún hierro desprendido, que podría transformarse en punzón mortífero.

—Aquí dice «Li... Li... Liber...». No se ve más, está borroso el resto.

—¿Puede ser «Liberté»? —sugirió Louise.

—Quizá ese fuera el nombre del buque. Sigamos.

Llegaron a la compuerta abierta por la que habían entrado, aquella compuerta que en la vida útil del paquebote había sido empleada para cargar el carbón que con su calor, habría de dar el vapor suficiente para mover las hélices que lo impulsarían surcando los mares.

El haz de luz buscó el bote, pero iban a llevarse una nueva y desagradable sorpresa.

—¡No está! — exclamó Ray, buscando en todas direcciones.

—Si lo hemos dejado aquí... —balbució Henriette.

—Sí, y yo recuerdo haberlo dejado atado.

Fue inútil buscar la barca. Era como si aquellas aguas negras y siniestras se la hubieran tragado.

—Estamos en un apuro —mascullo Ray.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Louise.

—¡Yo quiero irme de aquí, ahora! —casi gritó Georgy, perdido su buen humor.

—Yo puedo ir hasta la playa y regresar con otro bote —se ofreció Ray, volviéndose hacia las tres muchachas.

—¿Nos vas a dejar aquí? —preguntó Henriette, temblándole la voz.

—Si os quedáis las tres juntas...

—¿Y si vamos todos hacia la playa? —propuso Louise, ansiosa por abandonar aquel siniestro buque. Ninguna podía olvidar el cadáver que habían descubierto.

—Yo no me quedo aquí —dijo Henriette, tan decidida que se lanzó al agua, dispuesta a huir del buque, como fuera.

Ray también se arrojó al agua, levantando la linterna. La profundidad no era importante, y si había que salir caminando o andando, debían hacerlo ames de que se retirara el agua, pues se crearía una corriente de absorción hacia el interior del mar, lo cual podía resultar fatídico para los cuatro.

Louise y Gregory vacilaron, pero terminaron por lanzarse al mar, vestidas como estaban, y no lardaron en notar la frialdad de las aguas.

—¡Aprisa, aprisa, hay que ir aprisa! —exigió Ray, comprobando en su propio cuerpo la frialdad de las aguas.

El recorrido se hacía interminable.

Ray notaba que se le entumecían las piernas, y le dolía el sexo; supuso que las chicas estarían en iguales condiciones.

—Procurad no caer, no os mojéis la cabeza.

Había miedo en las tres muchachas; sin embargo, evitaron caer al agua.

La profundidad era cada vez menor, y cuando el agua estuvo por debajo de las rodillas, casi corrieron hacia el coche. El frío se hizo entonces más intenso; Georgy se puso a sollozar y Henriette se contagió.

—¡Al coche, al coche! —apremió Ray, que al abrir la portezuela descubrió

a Antoinette tumbada de costado, con los ojos cerrados.

—Por todos los diablos, ¿qué le pasará?

Le puso la mano por el interior de la cazadora, palpándole los pechos y buscando el corazón, mientras Georgy y Henriette lloraban y Louise preguntaba:

—¿Qué le ha pasado?

—Creo que se ha desmayado.

Ray abrió el maletero, y sacó una manta, que lanzó hacia las muchachas.

—Quitaos la ropa, rápido, antes de que pilléis una pulmonía. Pondré la calefacción de este trasto al máximo.

Las tres muchachas se desnudaron como pudieron, dentro de la incomodidad del automóvil. Chorreaban agua, buscando parte de la manta para secarse.

Ray se desnudó el torso y, cerrando las portezuelas, hundió el pie en el acelerador para que el motor se calentara más y la calefacción, abierta en su totalidad, les quitara el frío de encima y secara sus cuerpos.

Por su parte, Antoinette no reaccionaba, pese a que su corazón latía y la respiración, aunque lenta, era normal.

El vaho llenó el coche, y los cristales se empañaron con rapidez. Ray abrió levemente una de las ventanillas para que desapareciera.

Ray quería decir que había sido una desgraciada excursión, pero de nada iba a servir, en aquellos momentos de sollozo, y optó por poner en marcha la radio.

Buscó una emisora con música moderna, y subió el volumen.

El caos dentro del vehículo parecía completo. Las tres muchachas, que se habían quedado en bragas, atrás, notaban sus cuerpos húmedos, pero ya se les iba el frío, debido a la fuerte calefacción. Poco a poco, se iban secando, aunque costaría muchísimo más que se secaran sus ropas, empapadas.

Ray no quiso pensar en los llantos, en el desmayo de Antoinette, en el cadáver ahorcado y cubierto por los cangrejos que anidaban en el siniestro buque.

Hundió el pie en el embrague, puso la primera marcha, soltó el embrague y apretó el acelerador, haciendo que el coche brincara hacia adelante como si fuera a meterse dentro de las aguas.

Ray lo hizo girar, y los faros barrieron aquel lugar tan hostil. Enfiló hacia el tortuoso camino ascendente, que deseó coger con un poco de velocidad y en primera marcha, aunque corría el riesgo de romper alguna de las piezas fundamentales del vehículo, lo quesería muy problemático.

En un par de ocasiones, el coche se detuvo en profundos socavones, pero Ray logró sacarlo adelante con habilidad, y gracias a que el motor era potente para el volumen y peso de la carrocería.

Al fin el coche, roncando ruidosamente, llegó al asfalto.

Ray exhaló un largo y profundo suspiro, y pisó el acelerador a fondo, mientras notaba que por las perneras de su pantalón se escurría el agua en

abundancia. La calefacción continuaba en marcha.

Ray, ya más seguro en la carretera, condujo al máximo de velocidad que permitía la ley francesa, y así llegaron a la villa.

Lo primero que hizo fue ir en busca de la rué Gambetta, y allí detuvo el auto a doble fila. Salió con el torso al aire, notó la frialdad en su piel. Dio la vuelta al coche, abrió la portezuela y sacó a Antoinette, cogiéndola en brazos.

—Habrá que llamar al doctor.

Henriette se puso ropa encima, como pudo, y salió también del coche diciendo:

—Yo telefonearé a mi padre, y de paso me recogerá a mí.

—Pues, de paso, que se ocupe de avisar a la gendarmería; nadie mejor que tu padre para hacerlo. Yo me hospedo en el hotel Dinamarca.

Cargando con Antoinette, llegaron al portal de la casa. Henriette llamó al timbre y rápidamente se encendieron todas las luces, como si hubieran estado aguardando la llamada.

El padre de Antoinette salió al portal y, al ver a su hija en brazos de Ray, inquirió:

—¿Qué ha ocurrido?

—Se ha desmayado en el coche. Es mejor que la vea el doctor, y no la dejen salir se la cama, aunque tengan que atarla.

—Pero, ¿qué ha pasado? —insistió, angustiado.

—Su hija se ha empeñado en ir al lugar del accidente —respondió Ray, poniendo a la joven en brazos de su padre.

—Ya se lo explicaré yo—dijo Henriette—. Tengo que telefonear a mi padre, y vendrá en seguida.

—Lo siento, espero que no sea nada. Tengo que llevar a las otras dos muchachas a sus casas.

El padre de Antoinette reparó entonces en que Ray iba con el torso desnudo, y los pantalones mojados en plena noche invernal.

—¡Eh, joven, espere...!

Mas Ray ya se había metido en su coche, que seguía con la calefacción totalmente abierta.

—¿Cuál de las dos vive más cerca de aquí? —preguntó Ray.

—Yo —dijo Georgy—. Sigue adelante, y tuerce la segunda calle a la derecha.

—Es contra dirección.

—Es igual, de noche no pasan autobuses.

—Pues como me salga uno de cara, tendremos la noche aún más movida.

Ray cometió la infracción de tráfico, molesto, pero tenía que salir de todo aquel lío cuanto antes; no deseaba que ninguna de las muchachas cogiera una pulmonía.

Georgy se cubrió como pudo, y salió corriendo.

—¡Hasta mañana!

—Bien, sólo quedas tú —dijo Ray, volviéndose hacia Louise.

—Yo vivo enfrente del hotel Dinamarca, precisamente.

—Mira qué bien, somos vecinos por unos días.

La villa estaba silenciosa y solitaria; había automóviles aparcados aquí y allá, en todas partes, mientras los vecinos dormían.

No tardaron en llegar al hotel Dinamarca, y Louise señaló el edificio que había delante.

—Ahí vivo yo.

—Será mejor que te cubras. Tienes unos senos muy hermosos, pero si te ven ahora salir del coche, van a contar algunas cosas sobre ti que no son ciertas.

—Me importa un rábano lo que diga la gente. Soy una mujer libre, aunque no vayas a confundir libre con libertina.

—No, claro que no, pero creo que me iré mejor a la cama si me das un beso. Tengo tanto frío que un poco de calor humano me sentará bien.

Ella se levantó por encima del asiento y aplicó sus labios a los del hombre. El beso los unió durante unos largos segundos.

—Será mejor que te vayas. La comunicación por contacto contigo se me da muy bien.

—La verdad, Ray, no sé si tú nos has metido en un lío a nosotras o somos nosotras las que te hemos liado a ti.

—Esa cuestión es la que menos importa; el caso es que en ese buque embarrancado hay un cadáver, y Antoinette habla de tipos extraños. Ya veremos qué opina la policía.

—Adiós, Ray, me gustaría que volviéramos a vernos.

—A mí también.

Ray entró en el vestíbulo del hotel, corriendo para no verse obligado a ponerse la ropa mojada encima.

—¡La trescientos nueve!

El conserje de noche le miró, extrañado, pero no hizo comentarios. Le entregó la llave y Ray subió a su cuarto.

Se terminó de quitar los pantalones y los slips, y se puso bajo la ducha caliente, donde permaneció varios minutos.

Dio paso al agua fría para cerrar sus poros, se secó y saltó a la cama pensando que tenía hambre, pero no era momento para volverse a vestir y salir por la ciudad; encontrar comida, a aquellas horas, iba a ser francamente difícil.

Bostezó con fuerza, no supo si de hambre o de sueño y cerró la luz.

—¿Por qué ahorcarían al tal Charles en aquel horrible lugar? ¿Qué hay detrás de ese crimen?

No había respuesta aún para sus preguntas.

CAPITULO IV

Estaba desayunando cuando un hombre de mediana estatura, con cincuenta años más o menos, debajo de un abrigo que tendría más de diez, se le acercó a la mesa y le interpeló.

—¿Raymond Labosié?

—Sí.

—Con su permiso, voy a sentarme; soy el comisario Delapierre.

—¿Ya le han contado lo ocurrido?

—Algo.

—¿El doctor Travené?

—Si, en parte.

—¿Cómo sigue Antoinette? Pensaba visitarla, después de desayunar.

—El doctor Travené dice que está en un shock profundo; es mejor que no vaya a verla. Sus padres están muy preocupados.

—Ignoro qué pudo causarle ese shock. La verdad es que, después del accidente de la mañana, era mejor que no se hubiera levantado.

—¿Accidente?

—Bueno, la encontré caída en la carretera, y la llevé a su casa. Por la noche, ella parecía estar bien, y se acercó a la discoteca. Yo estaba allí con Louise, Georgy y Henriette, la hija del doctor Travené.

—Sí, sí, ya sé. ¿Y luego qué ocurrió?

—Pues que Antoinette nos contó la desaparición de Charles, y fuimos a buscarle. Mejor que no nos hubiéramos movido, aunque ahora ustedes ya podrán trabajar sobre el asunto con más facilidad.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Si ya se ha encontrado el cadáver, no creo que tenga muchos problemas con la identificación.

—¿De qué cadáver me está hablando?

—Pues, del que encontramos en el buque; claro que, como era de noche, es posible que hubiera una confusión y el cuerpo no fuera el de Charles.

El comisario se lo quedó mirando, interrogante y a la vez inexpresivo. Ray no podía adivinar lo que pensaba aquel. De pronto, éste le pidió:

—¿Puede acompañarnos?

—Sí, claro, más tarde tengo que ir a sacar unas muestras.

—Iremos en mi coche —le dijo el policía.

—Como quiera.

—Ah, Georgy está en cama, con fiebre. El doctor Travené espera que sólo sea un resfriado y no una pulmonía.

—Vaya, lo que me temía.

—Joven, ¿le han detenido alguna vez por tomar o traficar con estupefacientes?

—¿Cómo dice? —se sorprendió Ray.

—Sólo era una pregunta. Usted puede responder lo que quiera; de todos modos, ya hemos pedido informes a París.

—De modo que me están investigando, ¿eh?

—Sí, pero no tiene nada que temer, no se preocupe, es simple rutina — objetó el comisario, hundiendo sus manos en los bolsillos del abrigo.

Salieron del hotel. Ya en la calle, antes de subir al coche junto al que esperaba un gendarme, el comisario le dijo:

—Convendrá conmigo que es un poco extraño que se vayan a bañar a una playa casi desierta, de noche y en invierno. Unos minutos sumergidos en aguas frías podrían ser suficientes para congestionarles y quitarles la vida.

—Lo sé, pero es que el bote desapareció. Todo fue tan rápido...

—Sí, claro. ¿Tendría inconveniente en darme las llaves de su coche?

Ray le miró a los ojos. El comisario no rehuyó su mirada; era un hombre acostumbrado a mirar de frente, siempre escrutando los movimientos de sus interlocutores, buscando algún gesto sospechoso, alguna vacilación que le delatara.

—¿Van a registrarlo?

—¿Le importaría que lo hiciéramos o cree más oportuno pedirnos una orden judicial?

—No, no tengo ningún inconveniente.

Le entregó las llaves, que el comisario cogió entre sus manos. Con un gesto, pidió que se acercara otro gendarme, en el que Ray no había reparado y que se hallaba casi en la esquina.

—Torna, los del laboratorio vendrán en seguida. En cuanto a usted, monsieur Labosié, no debe temer nada; sólo será una investigación de rutina.

—Sí, sí, ya sé; todo es rutina, según usted.

—Cuando volvamos, tendrá su coche.

—Que tengan cuidado con las muestras que hay en el maletero. Llevo un pequeño laboratorio ambulante.

—Sabemos que es usted oceanógrafo, especializado en bacteriología y microbiología. Tendrán cuidado con sus útiles de trabajo; después de todo, es un funcionario del Gobierno, lo mismo que nosotros, y le repito, si usted considera que debe oponer algún reparo, no se calle, hágalo.

—¿Debo entender que no hay ninguna acusación contra mí?

—Pues no, no la hay por ahora. Suba al coche, si le parece bien.

—¿Siempre es tan amable en sus rutinas, comisario?

El vehículo se puso en marcha. El comisario sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció a Kay, que tomó uno. Al poco, ambos fumaban.

—Las cuatro muchachas son hijas de hombres importantes aquí. Ya sé que en París eso no tendría mayor importancia, hay mucha gente, pero esto es una ciudad provinciana, y siguen en pie muchas reglas del juego.

—Yo considero a Francia un todo.

—Lo es, pero París es París, y provincias son provincias.

—Es un matiz muy sutil. ¿Se atrevería a publicarlo en Le Fígaro?

—Sí, y firmado. Después de todo, hace años que soy comisario. No soy de aquí, empecé en Marsella, luego estuve en París, y cuando me ascendieron me destinaron a esta plaza, que es muy tranquila. Marsella es otra cosa, los gangs de la Mafia, las drogas, el «mercado rosa», etcétera. Aquí hay algún que otro delito, alguna estafa, abusos de confianza, algunos emigrantes con problemas, pero lo que más se cuida es que la juventud no se corrompa.

—Especialmente, la juventud de la alta sociedad local.

El comisario expulsó el humo que había almacenado en sus pulmones durante breves instantes, tira un hombre parco en palabras, y era evidente que prefería preguntar que explicar.

No obstante, Ray no estaba en absoluto preocupado, ya que entendía que nada tenía que ocultar y si denunciar, es decir, el hallazgo de un cadáver pura él desconocido, pero que las muchachas habían identificado como el desaparecido Charles.

Llegaron al punto donde arrancaba el tortuoso camino que descendía hacia la playa oculta y traidora, a causa de las altas mareas,

Un jeep policial aguardaba en aquel lugar, con otros dos gendarmes. El coche paró y el comisario invitó a Ray:

—Subamos al jeep, por favor.

Con el Jeep descendieron sin las dificultades que había tenido con su coche, y no tardaron en llegar a la playa.

En el rostro de Ray se acusó la primera sorpresa al mirar hacia el mar, muy alejado de la casa de pescadores. Sólo era una línea azul-oscuro en el horizonte, pero lo sorprendente, lo incomprensible, era que el buque no estaba.

—¿Qué le sucede, monsieur Labosié?

—¡No está!

—¿El qué no está?

Ray se volvió hacia el comisario, molesto, cuando ya el jeep, tras recorrer un círculo acercándose a la casa de pescadores, se detenía.

—No se haga el sueco, comisario, me refiero al barco.

—¿El barco, qué barco?

—El que estaba ahí, en medio de la playa. Ahora tendría que quedar al descubierto sobre la arena, embarrancado; anoche estaba ahí.

—¿Está seguro? —preguntó el comisario, sin perder lo más mínimo la paciencia, encendiendo un cigarrillo, como dispuesto a oír sin inmutarse las cosas más extrañas que pudieran contarle.

—Claro que estoy seguro; el barco era tan viejo que ni remolcándolo podría sacarlo de ahí. Además, no había calado suficiente para que se lo llevara, y en desguazarlo lardarían semanas. Es algo que no se puede hacer en unas horas, por muchos sopletes que le pongan encima y camiones que se lleven la chatarra.

—Salgamos.

Abandonaron el jeep; el comisario se enfrentó con la playa y pidió:

—Dígame dónde cree que estaba ese buque herrumbroso y destartalado.

Ray echó a caminar hacia el mar, como calculando los pasos. Sobre la arena pedregosa, comenzó a buscar en todas direcciones, sin encontrar ningún rastro que pudiera dar fuerza y razón a sus palabras.

Desconcertado, miró hacia la línea del mar, buscando en el horizonte un punto negro que pudiera identificar como el buque al que habían subido durante la noche.

El comisario Delapierre iba tras él, más despacio, sin prisas. Se detuvo con las manos en los bolsillos, manos que sólo liberaba para apartar el cigarrillo de sus labios, y preguntó:

—¿No encuentra lo que busca?

—Es increíble...

—¿El que no esté el buque aquí?

—Sí.

—Cualquiera diría que está usted convencido de que existía un barco, aquí.

—¡Pues estaba! ¡Yo subí a él, y las muchachas también!

Ray hablaba con rotundidad, pero el comisario no se sentía afectado. Era un hombre que parecía haberlo visto todo en la vida, y había adquirido una frialdad, un dominio de sus nervios, que no se alteraba por nada, y menos por algo que le contaran, y que sus ojos no pudieran comprobar, como en aquella ocasión.

—¿Usted que es científico, joven, pero un científico de la biología y la microbiología, no ha oído hablar nunca de que, especialmente en los mares, las alucinaciones son colectivas, en ocasiones?

—Lo sé perfectamente, pero...

—Va a decirme que no se drogaron, ¿verdad?

—¡Naturalmente que no! Tomamos un refresco en la discoteca Cancrelat, puede confirmarlo allá.

—Ya lo he hecho.

—Vaya, no pierde el tiempo.

—Me pagan para que no lo pierda, pero pienso que fuera de la discoteca también se puede tomar alcohol e incluso drogas.

—Está usted emperrado en las drogas.

—Las drogas son lo más explicable, en una alucinación colectiva. Hay mucha literatura al respecto; en las revistas profesionales que me llegan, lo mismo francesas, inglesas, alemanas o norteamericanas, explican esto con detalle. $i se toma la misma droga, aún sabiendo que a todos los miembros de un grupo no les afecta en igual medida, si alguien, justo antes de la ingestión de la droga, explica algo, un tema sugerente, especialmente de liberación, como hacen algunas sectas idiotizantes o se habla de fantasmas o viajes fantásticos, lo que se cuenta como algo irreal adquiere luego valores reales en la mente de los drogados, que se alucinan en colectividad.

—De modo que persiste usted en la droga.

—No se apure, monsieur Labosié; si no encontramos indicios, no habrá

acusación alguna, y tomaremos este asunto como una chiquillada. Un pequeño grupo de jóvenes, que se va a una playa solitaria para bañarse a media noche y en pleno invierno. Muchos les tomarán por locos, pero otros pensarán que debían tener en sus cuerpos un exceso de calor, y se termino.

—Pero, ¿y el cadáver?

—¿Se refiere a Charles?

—Sí, supongo que las chicas le habrán hablado de él.

—Sí. Conozco a Charles; es un muchacho con un temperamento violento y tiene, ¿cómo diría?, charme entre las muchachas, y no le faltan amoríos. Algunos, a eso le llaman suerte, y desearían estar en su lugar. En ocasiones, se ha marchado de la villa sin previo aviso. Ya sabe, a la isla de Wight, a la India o al Nepal; quizá por eso a las chicas les atrae más. Es un tipo que ha rodado por el mundo, y no parece muy dispuesto a echar raíces, hoy por hoy. Quizá algún día...

—Por lo visto, está usted empeñado en que anoche cometimos una gamberrada, en la que Antoinette salió afectada. Pero que quede bien claro que ella no se bañó; ella se quedó en mi coche.

—Lo sé, pero como el doctor Travené ha certificado que la chica sufrió un accidente por la mañana, admite la posibilidad de una recaída. Usted mismo dijo que la muchacha había tenido un paro cardiaco; además, podía haber sufrido una conmoción cerebral. Digamos que son secuelas por haberse caído de la moto.

Ray suspiró al observar que el comisario decía «caerse», y no chocado o colisionado contra su coche, lo que le habría causado problemas.

—Si no hay más conflictos...

—No, sólo que alguna de las chicas está muy resfriada, quizá tenga pulmonía. ¿Sabía usted que son menores de edad?

—Yo no he abusado de ellas.

—Sí, eso parece; claro que seducir a cuatro muchachas de una sola vez, sería un acto heroico por parte de usted.

Dieron la vuelta, de regreso. La casa de pescadores estaría ahora a unos ciento cincuenta metros de donde se hallaban; parecía imposible que el mar pudiera alejarse tanta distancia, en aquella playa al este francés.

Cuando llegaban al jeep, se encontraron con que por detrás de la casa llegaban dos gendarmes, llevando a un hombre entre ambos, un hombre barbudo, pero no con barba recortada si no con barba y aspecto de *clochard*.

Sus ojos estaban enrojecidos, y protestaba en voz baja. Vacilaba y el abrigo que llevaba estaba tan raído que parecía tener más bolsillos de los que correspondían.

Uno de los gendarmes llevaba un viejo petate.

—¿Lo habéis cogido por aquí? —preguntó el comisario.

Uno de los agentes explicó:

—Hay una pequeña cueva; estaba dormitando.

—¡No he hecho nada, no he hecho nada! —farfulló, de forma poco

inteligible.

—Tenía esto en uno de sus bolsillos —dijo el gendarme que había hablado antes, entregándole una billetera, que el comisario tomó entre sus dedos y abrió para examinar su interior.

—Vaya, es la billetera de Charles. ¿Qué opina, monsieur Labosié?

—Pues que la historia que le hemos contado no parece ya tan fantástica.

—Despacio, despacio. Lo del buque no pretenderá hacérmelo creer, ¿verdad? Un barco de las dimensiones que cuenta, no puede embarrancar aquí, con el poco calado que hay, y muchísimo menos puede volver a la mar, ni arrastrándolo con «bulldozers».

—¿Y esa billetera? —inquirió Ray.

—De eso ya hablaremos con este amigo, en el comisariado.

—¡Yo no he hecho nada, no he hecho nada, no la toqué, no la toque!

—¿A quién no tocaste?

—A la chica, a la chica... Juro que no la toqué.

—Comisario, en el petate lleva ropa que no parece suya —observaron los gendarmes.

Apareció la chaqueta de cuero negro de Charles. El comisario la observó durante unos instantes, y volvió a dejarla caer dentro del petate.

—Me temo que vas a explicar muchas cosas.

—¡Le juro que no toqué nada, esto lo encontré, lo encontré!

—¿Dentro de tu saco? Vamos al jeep. Suba, monsieur Labosié, le llevaremos de nuevo a la villa. Ha sido muy interesante encontrar a este *clochard,* ¿no le parece?

CAPITULO V

El doctor Travené no hizo esperar a Ray. Terminó una consulta, y la salita quedó vacía. Ray pasó al despacho y el doctor le observó, más crítico que amistoso.

—La ha organizado —rezongó.

—Siento que Henriette se viera involucrada en esto, no sabía que fuera su hija.

—Siéntese, siéntese. —Le ofreció tabaco de una cajita de caoba cubana, y luego explicó—: Henriette dice que usted no es culpable de nada.

—Ya sabe cómo son las cosas, doctor. No se sabe cómo comienzan; la bola va cayendo, se engorda, y luego no hay quien la pare, y de nada sirve ya lamentar lo ocurrido.

—Henriette está muy resfriada, al borde de la pulmonía.

—Lo lamento.

—Le creo.

—Menos mal, el comisario sospechaba de mí.

—Es lógico, usted siempre es el culpable.

—Ahora tienen aprehendido a un *clochard*.

—Pienso que sólo es un desgraciado, que encontró la ropa de Charles y se la llevó; no es ni robo, sólo un hurto.

—Es posible, pero será el comisario quien resuelva este asunto. De momento, Charles ha desaparecido y Henriette, que está casi delirando, cuenta historias fantásticas.

—¿Y Antoinette?

—No ha despertado.

—¿Sigue en shock ?

—Bueno, la verdad es que si ha despertado, pero la he sedado. Es preferible que duerma el máximo posible, que sus nervios se relajen.

—Estaba sola, cuando perdió el conocimiento.

—Lo sé, y algo debió de asustarla mucho, hasta el punto de hacer que se desvaneciera.

—La verdad es que tocó el claxon, y luego dejó de hacerlo.

—Podía estar pidiendo auxilio.

—Entonces, usted cree que había un buque, ¿verdad?

—Con la razón y la lógica en la mano, es imposible que lo hubiera.

—¿Henriette le ha cornado que había un buque?

—Sí, pero está delirando.

—Cuando no hablan de alcohol o de drogas, hablan de delirios.

—Comprenda que no podemos creer lo que es imposible físicamente.

Se produjo un silencio tenso, entre ambos hombres. En realidad, los dos sabían lo que pensaba el otro, pero cada uno estaba dispuesto a mantener su postura.

Al fin, Ray volvió a la carga, dispuesto a que el médico reconociera los hechos:

—Usted ha hablado también con Georgy y Louise.

—Georgy también está muy resfriada.

—¿Y Louise?

—No insista, debieron sufrir una alucinación colectiva. Ese buque no existe.

—¿Ha sido usted quien ha metido esa idea de la alucinación colectiva en la cabeza del comisario?

—El comisario Delapierre es un hombre muy frío y calculador. Jamás admitiría lo que no es lógico, lo que no se puede demostrar.

—¿Y usted, si?

—Yo soy científico, como usted mismo.

—Entonces, ¿tendré que buscar a la bruja de la localidad para que me crea?

—¿Y de qué serviría?

—Por lo menos, los que creen en las brujas creerían nuestra historia del barco embarrancado. Allí está el cadáver ducharles.

—Charles era un muchacho alocado, capa/ de llevar a cabo la broma más inesperada y grotesca.

—Le aseguro que el cadáver ahorcado y semidevorado por los cangrejos que habían encontrado su nido dentro del buque, que estoy seguro tenía el interior lleno de agua, no era ninguna broma.

—Si tenía agua dentro, ¿cómo iba a flotar otra vez, desapareciendo?

—No lo sé. Supongo que al final encontraremos una explicación. ¿Le dice a usted algo llamado Liberté?

—No.

—¿Seguro? Me ha parecido que vacilaba un poco.

—Bueno, yo he oído leyendas sobre un buque.

—¿Que se llamaba Liberté?

—No.

—¿Cómo se llamaba entonces?

—*Liberation*.

—Pues es válido. Después de todo, sólo eran reconocibles las dos primeras sílabas, en aquel salvavidas ajado.

—Luego, ¿no está seguro de si ese es el nombre?

—No me haga vacilar, doctor. ¿Por qué no me cuenta lo que sabe de ese buque, llamado *Liberation*?

—Sólo son leyendas —insistió, algo hosco.

—De acuerdo, leyendas, pero desembuche lo que sepa.

—No es mucho. Además, no vaya a tomar mis palabras como notificación de algo cierto.

—No, por supuesto, lo lomaré como leyenda; así no podré ir a ningún juez con esa historia.

—Después de todo, aquí no sería el único que podría explicarle la leyenda.

El doctor se relajó en su butaca giratoria de alto respaldo. Tomó su pipa y, de un bote de marfil con tapa labrada, extrajo una selecta picadura de tabaco, con la que llenó la cazoleta. Le prendió fuego y chupó con meticulosidad y parsimonia. Luego, expulsó el humo como si esperara que delante de él la aromática columnilla de humo disolviera sus palabras:

—Cerca de la villa existió un manicomio.

—¿Cerca de esta ciudad?

—Sí, a dos kilómetros, junio a un bosque que hay hacia el sur, saliendo de la carretera a la izquierda.

—Bien, siga.

—En ese manicomio no sólo había locos de la comarca, y disculpe que emplee la palabra «locos»; la verdad es que prefiero utilizar otros nombres, pero en aquel tiempo era un centro para locos, con todas las agravantes. Ya sabe, gran cantidad de adormidera para que no molestaran, celdas de castigo, cadenas, grilletes, bañeras con agua fría, donde eran metidos horas y horas... Algunos morían de pulmonía o lipotimias irreversibles. En fin, aquellos tiempos ya pasaron. Por aquellos días, llegó un extraño sujeto, un visionario que se hacía llamar el conde Lucienn, y que pronto captó la atención y el interés de muchas gentes de este lugar. Algunos hablaban de él como de un santo; otros, como de un discípulo de Satanás. Se comentaba que poseía poderes sobrenaturales, el caso es que habló de liberar a la villa y a sus alrededores del siniestro manicomio y de los locos, que no eran más que seres endemoniados.

—¿Y lo creyeron?

—Insisto en que son relatos transmitidos de boca en boca: yo no había nacido aún por aquellos días.

—Siga, siga.

—Usted sabe que hay momentos concretos en la Historia en que las gentes están más propicias a creer en hechos sobrenaturales. Se deja a un lado la ciencia, y se prefiere visitar a un visionario o a un curandero.

—¿Como está ocurriendo en la actualidad?

—Sí. Ya ve la gente que es capaz de congregar a su alrededor un gurú oriental, la inglesa Patricia Crowther, reina de la brujería Wicca, y, en la propia Francia, las videntes Lena Sinclair y madame Vera.

—Es cierto. Hay momentos en que la gente busca, especialmente en las sectas o en seres con poderes supuestamente sobrenaturales, un apoyo, una ayuda o una liberación; el ser humano es débil, y es consciente de ello.

—Bien, no divagaré más; el caso es que ese conde Lucienn consiguió credibilidad, especialmente entre la gente prudente.

—Si querían desembarazarse del manicomio, ¿por qué no recurrían a las autoridades?

—Había que llegar hasta París, y no era cosa fácil. El conde Lucienn organizó una suscripción, aunque sólo en círculos muy cerrados se conoció su

plan. No se podía sacar a los locos de aquí y llevarlos a otro lugar de Francia, donde serían igualmente rechazados. Todo se llevaba en secreto, como una conjura, y se compró un buque viejo, inservible, un buque de desguace.

—¿El *Liberation*?

—Eso se dice, nadie lo vio.

—¿Lo dijo, quizá, el propio conde Lucienn?

—Es posible. El buque entró en la playa de los cangrejos negros, hasta donde le permitía el calado. Los locos del manicomio salieron del establecimiento y, durante la noche, anduvieron hasta aquel lugar y fueron embarcados. El barco partió, pero se llegaron a encontrar algunos enfermos, perdidos en el camino. Lo grave es que el director del centro y varios de sus ayudantes aparecieron muertos. Se dijo que el buque partió tripulado por sólo el capitán y tres marineros y que, cuando estuvo en alta mar, rompieron el timón y lo dejaron navegando al garete, en mitad de grandes nieblas. Se piensa que la Marina buscó el barco, no lo encontró, y se supone que se fue a pique. Era tan viejo que quizá ya estaba averiado. Tampoco se supo más del capitán del buque *Liberation,* y a lo sucedido se le llamó «La fuga de los locos».

—¿Y la fuga de los locos del manicomio fue algo cierto, me refiero a comprobable?

—Sí, y también que murió el director del centro y algunos de los vigilantes. Se buscaron a los fugados y se encontraron unos pocos. Una semana más tarde, el manicomio ardió inesperadamente, y se convirtió en ruinas. La gente prefirió olvidar el hecho, al que se dio muy poca publicidad en los periódicos. Por aquellos días, el pueblo prefería ignorar a los enfermos mentales; había otros problemas más acuciantes en el país.

—¿Y el conde Lucienn?

—Desapareció tan inesperadamente como había llegado. La policía le buscó, y luego dejó correr el asunto. Había demasiadas personas influyentes que prefirieron que el conde Lucienn no apareciera ni fuera detenido; posiblemente, había demasiadas cosas que no convenía airear. De todos modos, nunca más se supo de él, y aquel hecho se recuerda como la fuga de los locos.

—Una historia muy interesante.

—Una leyenda muy interesante —puntualizó el médico.

—Pero que usted cree que puede tener relación con lo que su hija Georgy, Louise, Antoinette y yo vimos anoche.

—No, en absoluto, jamás pensaría una cosa semejante; sólo cabe pensar en una alucinación colectiva.

—Usted cree que ese buque existe.

—Yo creo que ese buque existió —le corrigió el médico.

—Si cree que existió, no se trata de una leyenda.

—Joven, pretende usted envolverme en sus sutilezas semánticas. Para mí existió la fuga de los locos y la quema del manicomio; conozco el hecho,

máxime siendo médico como soy. Pero el resto es leyenda. Los locos desaparecieron, y nadie vio el buque.

—Entonces, ¿qué relación puede haber? Yo no sabía nada de ese buque que se llevó a los desgraciados locos, que fueron condonados a morir en el mar. Sólo tenían la oportunidad de lanzarse al agua por la borda o esperar a morir de hambre y de sed. Fueron abandonados a su suerte, con su locura; debió ser algo caótico.

—Sí, tuvo que serlo, pero no veo ninguna relación.

—Sin embargo, usted ha querido contármelo por algo. ¿No será que, pese a su ciencia como médico, a su sentido racional, no ha dejado de pensar que podía existir un lazo sutil, paranormal, como se dice ahora, que une el pasado con el presente, como si ese buque lleno de locos condenados a morir de forma espantosa en la soledad del mar, donde nadie iba a presenciar tan terrible agonía, hubiera perdido el sentido del tiempo?

—No, no me permito hacer esas cábalas, propias de espiritistas y de los que ahora se llaman parapsicólogos.

—No obstante, pese a su racionalismo, admitirá que hay sucesos que no son explicables con nuestra ciencia normal.

—Bueno, hay cosas que todavía no son desconocidas; no hemos llegado al cénit de nuestra ciencia. Hay mucho por descubrir. Y cada nuevo descubrimiento que realizamos nos plantea una serie de cinco a diez incógnitas, que antes nos eran desconocidas.

Partiendo de esa premisa, sí he de admitir que pueden ocurrir sucesos extraños, pero no me pida jamás que, en público, admita algo que no se pueda explicar.

—Comprendo. —Ray se puso en pie, como dando por terminada la entrevista; pero no iba a marcharse sin antes decirle—: Puede que sufriéramos una alucinación colectiva, puede ser; pero algo debió de provocarla, y ese algo no eran drogas ni alcohol, ni ninguna clase de depravación, con las que suele acusarse a la juventud con tanta facilidad. Dígale a Henriette que deseo que se recupere, ya pasaré a verla.

Abandonó la casa del doctor Travené, molesto y pensativo.

Ahora sabía algo más, algo que sólo añadía confusión a todo lo que estaba sucediendo.

¿Había visto Antoinette a un *clochard* o a seres desaparecidos en el mar, hacía muchas décadas? Espectros, espectros, quizá...

De pronto, se dio una palmada en la trente como si hubiera hallado la solución a un problema que se le había mostrado muy rebelde.

CAPITULO VI

Louise se acercó a la casa de Antoinette. El padre de su amiga no estaba, pero si la madre y una chica que atendía a las labores del hogar.

La madre de Antoinette estaba de evidente malhumor.

—¿Cómo está Antoinette ahora?

—Mal, muy mal. —La mujer se mordió los labios para no echarse a llorar.

—No será nada grave, ya lo verá —dijo Louise, tratando de calmarla.

—¡Estáis locas, locas, vuestra juventud está desquiciada!

—No es para tanto, madame, sólo queríamos ver el lugar.

—El lugar donde Antoinette estuvo a punto, a punto... —Se volvió y lloró un poco, sin terminar la frase.

—No debió de coger la moto.

—Pero ¿por qué, por qué tuvo que volver a escaparse? Al salir anoche se puso peor; salió de la casa como un fantasma, sin que nos diéramos cuenta. Cuando le subimos la cena ya no estaba y luego la traéis moribunda...

—No ha sido tanto, madame, sólo estaba inconsciente.

—Henriette me contó lo que hicisteis y ese joven debería estar en la cárcel o en un manicomio.

—Ray no tiene culpa de nada; fuimos nosotras las que insistimos en ir.

—El debió de tener más sentido común y negarse; fue una locura, una verdadera locura.

—¿Puedo ver a Antoinette?

La madre dulcificó un tanto su dureza.

—Bueno, ven.

Condujo a Louise a la alcoba de Antoinette, una habitación que ya conocía, por haber pasado algunos ratos con su amiga, estudiando.

Antoinette tenía los ojos cerrados y parecía dormir plácidamente boca arriba. Una luz encerrada dentro de una cajita, iluminando una pequeña Tour Eiffel, era suficiente para dar una penumbra agradable a la alcoba.

—¿Ha comido?

—No, no ha despertado aún.

—¿Puedo sentarme a hacerle un poco de compartía?

—Bueno —aceptó la madre. Se marchó casi sollozando, dejándolas solas.

Louise dio un vistazo a los libros colocados en el panel que estaba junto a la cabecera de la cama. Consideró que había poca luz para leer, y tomó un libro de arte, donde abundaban las reproducciones de cuadros.

De pronto, se dio cuenta de que aquel libro desconocido para ella contenía una variadísima iconografía sobre el diablo y la brujería, y se extrañó.

Su amiga jamás le había hablado de que poseyera un libro semejante, en el que seguramente la madre de Antoinette no había reparado. Quiso rechazarlo, mas se sintió como fascinada por aquellas figuras que, a lo largo de la historia y en las culturas más distintas, habían reflejado a Satanás o al Mal.

Prácticamente, se sumergió en aquellas imágenes, en muchas de las cuales aparecía el Maligno, acechando a una mujer casi siempre desnuda. Pudo ver a la serpiente Samad de las leyendas rabínicas, tentadora de Eva; las gárgolas de Notre Dame, aquellos diablos pensativos y de expresión pétrea del hermetismo medieval.

Ensimismada en la contemplación de tales reproducciones, sintió cogida su mano de pronto, y ahogó un grito. Se volvió bruscamente, y vio los ojos de Antoinette fijos en ella. La mano de su amiga había cogido la suya.

—Uf, que susto —exclamó Louise.

—¿Quién te creías que era, diablos?

—¿Qué quieres que te diga? —Louise sonrió ampliamente, y agitó su cabeza rubia—. ¿Cómo te encuentras ahora, quieres que llame a tu mamá? Se va a alegrar mucho de verte despierta.

—No, aguarda.

—Es que la pobre mujer parece muy triste; cree que estás peor de lo que realmente estás.

—Louise, eres mi amiga, ¿verdad?

—Claro.

—No le digas a nadie que tengo ese libro.

Los ojos azules de Louise parpadearon.

—Está bien, pero si lo tienes tan al alcance de la mano, cualquiera puede verlo, tu madre por ejemplo.

—A mamá le interesan los libros, a lo máximo que llega es al Marie-Claire; es una burguesita de pro, y no cambiará nunca.

—¿Te interesan los temas satánicos?

—No; bueno, me gustan muchas cosas. A veces, tengo pesadillas raras.

—¿Raras? ¿Qué quieres decir?

—Pesadillas horribles, veo muertos.

—¿Qué?

—No se lo cuentes a nadie, pero a veces tengo miedo de estar volviéndome loca. Tú eres la primera persona a quien se lo digo. He tratado de enfrentarme a lo que me pasa, y he comprado ese libro. Incluso, con cuidado para que tío me hicieran preguntas concretas, he hablado con gente versada en estos temas. ¿Te acuerdas de aquella conferencia sobre parapsicología que dieron en el Lycée Petit?

—Sí.

—Estuve hablando con el parapsicólogo, ya sabes que conozco un poco de alemán.

—¿Y qué te dijo?

—Cosas.

—Ten cuidado con lo que haces. Jugar con la mente es peligroso, yo también he leído algunas revistas, y dicen que algunos que practican la escritura y el dibujo automático han terminado suicidándose.

—Yo quiero vivir, pero a veces tengo miedo.

—Todo eso son tonterías, Antoinette. Lo que debes hacer es descansar y liberarte de esos libros.

—No puedo, me interesan esas cosas. No se lo he dicho al doctor, pero no es la primera ve/ que me desmayo.

—¿Dices que te desmayas con alguna frecuencia?

—Con frecuencia, no, pero en algunas ocasiones, sí. Siento como un vértigo, un pánico, y luego me desmayo. Eso me ha pasado algunas veces aquí mismo en la cama, y es como si me hubiera dormido.

—Esa será la explicación, te habrás dormido.

—No me crees, ¿verdad?

—Antoinette, Antoinette, ¿por qué quieres complicarte la vida?

—No es que quiera o deje de querer, es que es más fuerte que yo. ¿Te acuerdas de aquella vez que, siendo niñas, salimos de excursión y nos acercamos a las ruinas del manicomio?

—Sí, lo recuerdo.

—Sentí mucho miedo. Me metí por una galería subterránea, y me desmayé, aunque duró muy poco.

—De eso hace mucho tiempo.

—He vuelto allí, en un par de ocasiones.

—Yo también. Es un lugar que tiene su atractivo, porque no dejamos de ser un poco morbosos.

—Es que yo me he sentido atraída como si aquel lugar fuera un gigantesco imán y yo, una hoja de afeitar.

—No conocía ese aspecto de tu vida que me estás contando.

—Tenía que decírselo a alguien.

—¿Y porque no a tu madre?

—No, día no me entendería. Me llevaría al psiquiatra, y yo no estoy loca, no lo estoy. ¿Verdad que no lo estoy, Louise?

—Claro que no. Dime, tocaste el claxon... ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Qué te pasó?

—Vi unos ojos pegados al cristal, que me miraban obsesivamente, y me entró mucho miedo. Me aterroricé, y me vino ese vértigo que se apodera de mí, en ocasiones. Ya no recuerdo más.

—Era un *clochard*.

—¿Un *clochard*?

—Sí, la policía lo ha detenido. Tenía la ropa de Charles.

—¿Y Charles?

—No se sabe —contestó Louise, sin hacer alusión a la aventura vivida en el buque.

—Charles ha muerto, yo losé.

—Pues no lo han encontrado, y la policía lo busca. De momento, han encontrado al *clochard* que tenía sus ropas.

—Hay algo maldito en ese lugar. No lo sabía, Louise, te juro que no lo

sabía, pero ahora estoy segura.

—¿Por qué estás segura?

—No sé, es un fluido, algo que noto. Cuando fui con Charles había bebido quizá demasiado, y no me daba cuenta, pero ayer por la noche, al quedarme sola...

—Avisaré a tu madre para que te vea; le darás una alegría.

Antoinette volvió a coger de la mano a Louise, y le preguntó con angustia:

—No me crees, ¿verdad?

—Vamos, vamos.

—¿Y si te dijera que por esa puerta puede aparecer un muerto viviente?

Louise tuvo un escalofrío, y no pudo evitar mirar hacia la puerta, con recelo.

Salió del dormitorio y llamó a la madre de Antoinette, que acudió rápidamente, un poco asustada. Louise la tranquilizó:

—Ha despertado, está bien.

—Dios mío, Dios mío, mi pequeña Antoinette...

* * *

Ray Labosié estuvo aguardando tras los cristales de una cafetería. Al ver salir a Louise de la casa de su amiga, fue a su encuentro.

—Hola. ¿Cómo está Antoinette?

—Mejor.

—¿Te ha contado lo que le pasó?

Louise le explicó parte de lo que Antoinette le dijera. Luego, el hombre lanzó la pregunta al aire, como sin darle importancia:

—¿Te ha dicho algo del *Liberation*?

—¿Del *Liberation* ?

—Sí, del barco, ése era su nombre.

—No, no me ha dicho nada.

—¿Y de la fuga de los locos?

—¿La fuga de los locos? Ray, no te entiendo.

—Sí, los locos que hace mucho tiempo se fugaron de ese manicomio que ahora está en ruinas.

La muchacha se detuvo en mitad de la calle, y palideció intensamente.

—¿Cómo lo sabes?

—El doctor Travené me lo ha contado.

—¿Qué te ha contado?

Ray, intuyendo que Louise sólo conocía parte de lo ocurrido, prefirió no hablar demasiado. La joven podía divulgar por la villa las leyendas que contaba el doctor Travené, y esto tal vez perjudicara al médico.

—Me gustaría visitar esas ruinas.

—¿Las del manicomio?

—Sí.

—¿Por qué?

Ray se encogió de hombros.

—Me he tomado el día libre. La policía ha estado registrando mi coche, y se han dado por satisfechos. Creo que lo han olfateado hasta los perros busca drogas.

—No habrán encontrado nada, ¿verdad?

—No, en todo caso, olor a hembra.

—¡Ray! —se echó a reír.

—Me llevé a cuatro, aunque, menuda nochecita... Empapado como un pez frío, tres chicas en la cama, y sólo tú te tienes en pie. Ni que yo fuera un salvaje.

Louise se rió y preguntó:

—¿Tu coche está bien?

—Sí.

—Pues, si quieres, te acompaño a las ruinas.

—¿Nadie se va a molestar porque lo hagas?

—¿Por qué habrían de molestarse?

—No sé, la policía me tiene puestos los ojos encima. Aunque hayan detenido al clochard, y lo estén interrogando, no se fían de mí; lo presiento.

—Bah, no me gusta estar atada; hago lo que quiero. Bueno, no vayas a pensar que soy una depravada, sólo que no me gusta sujetarme a los absurdos convencionalismos de una pequeña ciudad provinciana.

—Intuyo que te gustaría vivir en París.

—Sí, sería más libre; allí nadie se fija en su vecino.

—Pero, por contra, tiene una soledad salvaje en medio de la multitud, el asfalto y el cemento.

—Si encontrar a alguien con quien compartir la vida, quizá nunca me sintiera sola. Anda, vamos a tu coche. ¿Qué esperas hallar en las ruinas del manicomio?

—No lo sé, creo que nada.

—Me temo que no dices la verdad; tú esperas encontrar algo.

Ray no respondió, se limitó a sonreír. Al poco, circulaban por la carretera, alejándose de la villa.

El bosque no estaba muy lejos; parecía imposible que tan cerca de la ciudad hubiera un lugar tan solitario, un lugar donde se palpaban los sonidos, donde se tenía la casi absoluta certeza de que nadie iba a salir para sorprenderles.

Salieron de la carretera, internándose por un camino de tierra, en el que habían crecido pequeñas plantas silvestres. El camino se conservaba bastante bien, pese a no haber allí huellas que pudieran calificarse de recientes, de haber pasado algún vehículo a motor.

El automóvil rodaba despacio, como si temiera encontrarse con alguna sorpresa desagradable.

Las grandes copas de los árboles, que casi se entrelazaban unas con otras,

ocultaban un cielo grisáceo, de tarde invernal.

El bosque se abrió en un gran claro, donde aparecían las ruinas, unas ruinas que, a tuerza de llover y nevar sobre ellas, ya no mostraban las señales negruzcas del incendio, del humo lamiendo y filtrándose entre las piedras.

Ray detuvo el coche encarado con las ruinas, y las observó a través del cristal parabrisas. Se sintió un poco decepcionado, y Louise semejó notarlo.

—¿Esperabas encontrar más?

—No sé. Cuando uno se imagina unas minas, cree que va a hallar algo más que todo ese montón de piedras expandidas por toda el área que ocupó el recinto del manicomio.

—Piensa que han pasado dos guerras mundiales, y aquí se refugiaron baterías antiaéreas. Bueno, creo que las bombas cayeron en este lugar con profusión. Lo que no cayó en el incendio, que ocurrió a principios de siglo, lo echaron abajo tas bombas de la Primera y Segunda Guerra Mundial.

—Todo esto está pitra que vengan unos «bulldozers» y una brigada de camiones y se lleven los cascotes, alisen el terreno y dejen este lugar convertido en parque público.

—Es una buena idea, podríamos proponerlo al municipio. Tú que eres electora de este lugar, puedes hacerlo, yo pertenezco a la villa de París.

—¡Me das envidia! —exclamó ella como si estuviera saboreando un dulce. Después se echó a reír.

—Eres una muchacha alegre, Louise.

—¿Eso es malo?

—No, iodo lo contrario. Parece que a ti no te afectó la visita al buque, lo que descubrimos dentro y tampoco el chapuzón en agua fría que nos dimos.

—Estoy acostumbrada a ducharme en agua fría. En cuanto al barco, me he convencido de que fue una alucinación colectiva. En aquella playa no puede haber ningún barco, es imposible.

—¿De verdad crees en una alucinación colectiva?

—Sí.

—Por lo visto, eres una chica racional y sensata.

—No tan sensata como tú crees; en ocasiones cometo tonterías.

Al decir aquello, Louise se había vuelto más hacia Ray. Sus rodillas y piernas se habían puesto de costado, unas piernas enfundadas en unos ajustadísimos pantalones de pana, color hueso claro.

Por contra, el cuerpo estaba revestido con un jersey negro de lana mohair de pelo largo, como si se pudiera peinar, lo que hacía que quedaran más disimulados sus pechos, aunque no del todo, pues se notaban sus proyecciones hacia adelante.

El jersey se cerraba al cuello de la muchacha, que poseía una piel muy blanca, una piel que posiblemente ya en primavera debía comenzar a colorearse, gracias a alguna lámpara de rayos ultravioleta.

Ray alargó sus manos y las puso sobre las rodillas de ella.

Louise no bajó la mirada, siguió con sus ojos clavados en los de Ray.

Las manos del hombre no estuvieron quietas; se deslizaron por sus muslos como si éstos fueran dos guías, haciendo presión en ellos.

Le gustó oprimir las hermosas piernas de la mujer; experimentaba una sensación agradable, un estimulo que corrió por todo su cuerpo, y supo que a ella le pasaba lo mismo, pues vio que los labios femeninos se entreabrían y humedecían, aumentaba su color cereza, contrastando con el resto de la piel muy blanca del rostro, que ahora se sonrosaba.

Las manos se detuvieron en la unión de ambas piernas y los pulgares presionaron sobre el vértice del pubis. Notó un estremecimiento en la joven, su frágil y elástico cuerpo se movió instintivamente.

Ray subió sus manos, introduciéndolas bajo el jersey, que se levantó sin dificultades hasta que las manos rodearon los senos femeninos, ocultos bajo una blusa de tela fina.

—No llevas sujetador —comentó él, ya con la voz cálida.

—No los uso —respondió ella, en tono cálido.

Los dedos del hombre desabrocharon hábilmente la blusa y no tardó en tocar la cálida piel femenina. Los senos quedaron en sus manos, unos senos que no veía, pero que sus dedos palpaban mientras Louise abría y cerraba los ojos.

Su respiración se hizo más profunda. Las caricias gustaban a la joven, que dejaba sus labios más y más entreabiertos, especialmente cuando los pezones quedaron entre los dedos de Ray que, acariciándolos, los excitó hasta que alcanzaron su máxima erección.

A Ray, al tacto, le parecieron repletos de vitalidad, grandes y hermosos como frutos apetecibles.

—Serás una madre excelente —opinó el, con voz ronca.

—¿Por qué? —preguntó ella, con una voz que se mezclaba con el sonido de su respiración, larga y jadeante.

—Porque el bebé que se alimente de ti lo hará engolosinado, no querrá soltar tus pechos, que succionará con entusiasmo.

—Intuyo que quieres ser tú ese bebé —musitó ella, esbozando una sonrisa en sus labios, que ansiaban caricias.

Ray aproximó su boca a la de ella con lentitud, como si un ensamblaje rápido pudiera provocar una colisión catastrófica y demoledora.

Los labios notaron el primer roce, el primer contacto.

Después continuaron rozándose, como buscando excitación y una mejor posición hasta que se juntaron con los dientes separados, buscándose las puntas de sus respectivas lenguas.

La zurda de Ray dejó el seno que estuviera acariciando y descendió hasta el pantalón femenino. Cogió el broche de la cremallera y la bajó hasta el final; pudo escucharse el inconfundible «clic», dentro del coche.

—No, no, Ray; ahora no...

Louise, pensando que iban demasiado lejos en sus escarceos amorosos, se echó hacia atrás. Cuando Ray quiso reaccionar, ella ya había abierto la

portezuela, saltando al exterior.

Se subió la cremallera y cerró su blusa, bajándose el jersey. Ray no se movió mientras ella componía sus prendas de vestir.

Louise, ya estirado el jersey con las puntas de sus dedos, casi cubriéndole las apretadas y redondas nalgas, apetecibles a cualquier hombre, se volvió hacia él y, sonriendo, dijo:

—Anda, ven, visitaremos las ruinas; hace fresco aquí afuera.

—¿Fresco? —repitió Ray, mordiendo las palabras, molesto.

Salió del coche y comenzó a hacer flexiones, abriéndose de brazos para ensanchar sus pulmones al máximo, para llenar de aire frío su cuerpo. Louise, tras contemplarlo unos instantes, se le acercó por el frente y se echó a reír, ante la aparatosidad de la respiración masculina.

—¡Pareces una marsopa resoplando!

Ray dejó de hacer flexiones y de respirar ruidosamente, y echó a correr hacia ella.

—¡Que te atrapo, que te atrapo!

—¡No, no!

Ella se echó a reír y corrió, huyendo. Aquello no dejaba de ser un juego más, en una escena amorosa. Ray Y Louise se habían dado cuenta de que ambos se comunicaban.

Louise demostró que era ágil, corriendo y saltando, Ray corría tras ella; sabía que esforzándose un poco más la alcanzaría, pero se habría roto el juego.

Ella le había suplicado «no, ahora no», y él quiso respetar su petición, por eso se dedicó al juego de la persecución. «¡Corre, corre, que te pillo!» Risas, fatiga, alegría de vivir.

De pronto, Louise se vio acorralada entre unas paredes, contra las que se pegó.

—¡No puedo más, no puedo más! —siguió riendo ella, perturbando con sus carcajadas la excesiva quietud de aquel paraje tan solitario y cargado de algo que podía llamarse energía negativa, que ellos aún no habían captado.

—¡Te atrapé!

—¡No, socorro! —suplicó Louise, riéndose del juego.

Ray extendió sus brazos, apoyando sus manos en la pared a ambos lados del cuerpo femenino, impidiéndole escapar.

Ray notó entonces que los calcinados ladrillos se movían, y rápidamente cogió a la joven por los brazos, apartándola.

—¡Cuidado!

La muchacha creyó que era parte del juego, pero una porción de ladrillos se vino abajo. De haber continuado donde estaba, alguno podía haberle caído en la cabeza.

—Ray, ¿qué ha sido eso?

—Este lugar es peligroso.

Apartó aún más a Louise, alargó su pierna y dio unas cuantas patadas en

plancha contra los ladrillos, abriendo un boquete. El hueco de una angosta escalera descendente apareció ante ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Louise, asustada.

—Parece una escalerita que conducía al sótano y que fue tapiada con ladrillos.

—¿Porqué?

—No lo sé, voy a investigar.

—No, Ray, no te metas ahí; puede ser peligroso. Todo está en ruinas.

—Aguarda, voy a buscar la linterna que tengo en el coche.

Antes de que la chica pudiera reaccionar, Ray ya se había alejado, corriendo.

Louise miró el hueco, con recelo. De él escapó una vaharada húmeda y hedionda.

En otro momento, a Louise quizá le habría parecido divertido el descubrimiento de una pared que cedía por tener sus ladrillos calcinados y erosionados por la acción del tiempo, el sol, lluvias, nieve, vientos, insectos abriéndose caminos entre la argamasa; mas entonces no le gustó.

Todo el encanto del juego que había sostenido con Ray acababa de romperse por su parte, y se daba cuenta de que por parte del hombre también, pues éste había sentido un súbito interés por el hueco recién descubierto.

—Ya está —dijo Ray, mostrando la linterna.

Se acercó al hueco y terminó de destruir los ladrillos que podían ofrecer alguna dificultad a su paso.

—Puedes quedarte ahí afuera hasta que salga.

Louise vio a su alrededor ruinas y más ruinas, cercadas por el tupido bosque. De pronto, adquirió conciencia de la soledad de aquel lugar, una soledad que sobrecogía. Una manada de cuervos apareció por encima de los árboles graznando, como pregonando augurios malignas.

—No, no, yo no me quedo aquí afuera; voy contigo.

—Está bien, pero ten cuidado. Está todo en ruinas y podemos recibir un mal golpe con algún ladrillo que caiga.

—Ilumina tú el camino.

Ray apartó los ladrillos de los peldaños para que los pies pudieran apoyarse con firmeza en cada uno de ellos. El túnel de la escalera era estrecho; luego describía una curva y seguía descendiendo.

Tras una treintena de escalones, llegaron a un corredor amplio, que nacía allí mismo. Ray opinó:

—Es posible que el subsuelo del manicomio estuviera dividido en compartimientos estancos. En lugares decimonónicos como éste, y también medievales, solían hacerse para mantener aislada y secreta alguna de las áreas, no visibles a posibles visitantes. Se mostraban unos sótanos laberínticos, y resultaba muy difícil saber si había algún lugar secreto. Gruesos muros separaban estos compartimientos estancos, muros que podían ser parte de la cimentación.

—¿Crees que éste es uno de los sótanos secretos del manicomio que aquí hubo?

—No lo sé, veremos qué podemos descubrir.

El corredor hedía, recordaba a los grandes colectores de las ciudades bien urbanizadas.

—Mira, ésta es una puerta de mazmorra —observó Ray.

La puerta era de gruesa madera, reforzada con herrajes antiguos. Un cerrojo sin llave cerraba la puerta, que sólo tenía una pequeña mirilla alta, una mirilla por la que no se podía ver, y que Ray supuso era un respiradero.

—Veamos qué hay aquí dentro —dijo Ray, forcejeando con el cerrojo hasta que consiguió abrirlo. La puerta gruñó ruidosamente.

Louise se acercó a Ray, como esperando ver algo muy desagradable.

El cono de luz de la linterna se introdujo hasta posarse en un jergón de la horrible mazmorra, sin más hueco de respiración que la pequeña mirilla. En el jergón había un esqueleto humano, que tenía la cabeza vuelta hacia la puerta.

—No mires —le pidió Ray, cerrando la puerta.

Casi instintivamente, puso el cerrojo.

—¡Qué horror, murió encerrado!

—Sí, posiblemente de inanición. Debió de quedar encerrado ahí dentro, después del incendio.

Se enfrentaron con otra puerta. Louise musitó:

—¿Vale la pena que la abras?

—¿Por qué no? Mejor no mires.

Ray abrió la puerta e iluminó el interior de la celda. De inmediato, un nauseabundo olor les hizo retroceder un paso.

Ray metió el cono de luz por delante, y pudo ver restos de huesos humanos desperdigados por el suelo, tibias, costillas, calaveras, todo estaba como mezclado.

—¿Qué debió de pasar aquí? —preguntó Louise, que no había resistido lanzar una ojeada.

—Posiblemente, encerraron a varios locos juntos.

Ray enfocó entonces a un esqueleto humano completo, que se hallaba acurrucado en un rincón. La cabeza se sostenía sobre la columna vertebral.

—Es el único entero.

—¿Por qué?

Ray vaciló un poco, antes de dar su opinión:

—Es posible que, faltándoles la comida, se convirtieran en alimañas. Debieron de matarse unos a otros, devorándose después. Ese del rincón quizá fue el único que se salvó, devorando a sus compañeros de encierro, pero al final también murió.

—Qué horror —exclamó Louise, trastornada por tan macabras visiones.

—No hay que olvidar que todos los que están aquí eran perturbados mentales o, por lo menos, la sociedad de aquel tiempo así los consideraba.

Volvió a cerrar la puerta. Louise suplicó:

—No abras más mazmorras, sólo encontraremos salvajadas como esa que acabamos de ver. ¿Cómo pudieron abandonar a esos hombres encerrados?

—No se trataba de abandonar, si no de encerrar; era horrible el sistema que tenían para controlar a los dementes. Después, si el director del centro y los celadores murieron, ¿quién iba a decir que estos pobres diablos se hallaban encerrados aquí abajo, condenados a morir de inanición y desesperación?

—Es cierto.

Siguieron adelante.

Sus voces, sus pasos, se oían con una gran nitidez. El corredor conducía a una amplia sala que tenia instalados diversos sistemas de tortura: Cadenas, recipientes de piedra que debieron ser llenados con algo, y en los que debían de sumergir a los pobres locos. En las paredes había varios esqueletos encadenados.

Era un lugar que sobrecogía el espíritu. Allí debían de haberse mezclado los llantos con los gritos de terror y los alaridos más infrahumanos y suplicantes. Aquellas paredes estaban impregnadas de congoja, terror, lágrimas y sangre.

—¡Ah!

Louise se cogió a Ray, aterrorizada ante lo que acababa de descubrir.

Había una butaca con reposabrazos y alto respaldo, que pudo ser un sillón de torturas, donde era sujetada la víctima. Allí estaba sentado un extrañísimo personaje, convertido ya en esqueleto.

Vestía un traje oscuro, raido por el tiempo y los gusanos, una capa y un .sombrero de copa deslucido. De él, hacia abajo, partían mechones de cabellos grisáceos, que daban un aspecto aún más horrible a aquel ser, que semejaba mirarles desde sus cuencas vacías.

—El conde Lucienn.

—¿Quién? —preguntó Louise.

—No estoy seguro, pero a la cabeza me ha venido este nombre. Podría ser el conde Lucienn.

—¿Quién era ese conde?

—Ya te lo contaré.

Ray observó entonces el destello de algo en la mano esquelética. Se trataba de un anillo grande, con una enorme gema negra, en la que había unos dibujos astrológicos, realizados con hilos metálicos incrustados en la propia piedra. El anillo era de metal blanco, podía ser platino.

Ray alargó su mano y cogió el anillo del dedo cadavérico. No se desprendió, semejó querer sujetar el anillo, pero Ray logró hacerse con él.

—Ray, tengo miedo. Este esqueleto parece que está, está... —Louise vaciló —, está como si se dejara llevar por la ira.

—Es sólo un esqueleto, no tiene vida.

—Por favor, Ray, vámonos; tengo miedo.

—Podemos registrarle, a ver si lleva alguna documentación.

—¡No, no te acerques a el de nuevo, no lo hagas, no lo hagas! ¡Vámonos!

Ante el pánico que la muchacha demostraba, Ray se dejó arrastrar, no sin ganas de registrar antes a aquel enigmático personaje, sentado en aquella butaca como si esta fuera un trono.

Se alejaron hacia el corredor.

—¿Lo ves? No sucede nada.

Ray Labosié volvió el haz de luz hacia el despojo humano que se tocaba con sombrero de copa, y Louise gritó:

—¡Se ha movido, se ha movido!

CAPITULO VII

La madre de Antoinette había sido incapaz de retener a su hija en la cama. La muchacha le había dicho que pasaría por la casa del doctor Travené para ser observada con más atención. Si el médico descubría alguna pequeña anormalidad, la enviaría a la clínica comarcal para que le hicieran una inspección a fondo.

Incluso, la madre había hablado de llevarla a París. Antoinette se había echado a reír, burlándose de ella, y, sorprendiéndola, abandonó la casa, montada en su velomotor.

—¡Eh, Antoinette! —llamó un joven que estaba junto a una moto.

—¡Adiós, Gervais!

Gervais pertenecía a la pandilla de jóvenes en la que se incluían Georgy, Henriette, Antoinette, Louise y otras muchachas, lo mismo que el desaparecido Charles. Los que habían podido se habían comprado poderosas máquinas rodantes, lo que les unía para salir a divertirse a su manera. Eran motos caras, que cualquier muchacho trabajador no podía permitirse el lujo de comprar.

Por su parte, las chicas se habían conformado con los velomotores, aspirando a un automóvil pequeño, en cuanto tuvieran edad suficiente para sacarse el carnet de conducir, un cochecito que, obviamente, habían de costear sus respectivos padres.

Antoinette no se detuvo, si no que enfiló por el boulevard que conducía a la carretera del sudeste, sorteando a varios autobuses que estaban circulando.

Gervais alcanzó a la muchacha, tras poner en marcha su potente motocicleta, que hizo roncar ruidosamente.

—¡Voy a dar un paseo!

Gervais, infringiendo el código de tráfico, se había puesto a su altura y le preguntaba:

—¿Es cierto que Charles ha desaparecido?

—Sí.

—Pero, ¿dónde?

—¡Cuidado!

Un camión dio un fuerte y largo pitido al ver que iba a arrollar a Gervais. Este frenó, ladeándose. Esquivó a la mole rodante que había estado a punto de aplastarle, mientras el camionero asomaba por la ventanilla y le insultaba airadamente.

Gervais volvió a ponerse en marcha, detrás de la joven.

—¡No te acerques, te matarán! —le pidió ella.

Antoinette siguió su camino sobre el velomotor, y Gervais, que no parecía tener mucho que hacer, la siguió, esperando que ella se detuviera en alguna parte para poder hacerle preguntas.

Pasaron los kilómetros. Gervais, con su poderosa moto, viéndose obligado

a mantener la velocidad del velomotor, se impacientaba. Rebasaba a la chica, se alejaba, se paraba en el arcén y aguardaba a que ella llegara.

La chica levantaba su mano a modo de saludo, y Gervais volvía a seguirla hasta que la vio salirse de la carretera e introducirse por el tortuoso camino que llevaba a la playa.

Gervais, que iba a pasar de largo, se introdujo también por el sendero, sorteando las dificultades mejor que la propia Antoinette, que circulaba despacio. Gracias al reducido peso del velomotor, podía dominarlo bien, dentro de lo que cabía.

Al final, llegaron junto a la casa de pescadores. En el suelo, boca abajo, había tres barcas, que más que descansar semejaban abandonadas.

Gervais detuvo la moto junto al velomotor. Sin descabalgar de ella, preguntó:

—¿No es aquí donde desapareció Charles?

—Sí.

—Dicen que el *clochard* pudo asesinarlo para robarle lo que llevaba encima.

—No lo creo, claro que como estábamos todos un poco bebidos, por las mezclas tan raras que tú metes en los refrescos...

Gervais se rió y descabalgó de la moto.

—Este lugar es muy solitario. Charles te trajo aquí, ¿eh?

—Sí.

—¿Y lo pasasteis bien?

—No.

—¿Te gusta Charles?

Ella se encogió de hombros, y miró hacia la larguísima playa. El agua estaba muy lejos, pero había que desconfiar de aquella distancia porque, a la llegada del atardecer, el agua comenzaría a acercarse más y más, subiendo con la marea.

—¿Qué es todo ese rollo que os traéis de un barco que ya no está?

—Si no te lo crees, no preguntes.

—Henriette y Georgy tienen pulmonía, ¿no?

—Que yo sepa, sólo un fuerte resfriado.

—¿Y ese forastero, el tipo de París?

—¿Ray?

—No sé cómo se llama.

—El nos acompañó hasta aquí.

—¿Te has liado con él?

—No seas estúpido, Gervais.

—Eh, eh, ¿qué pasa ahora, es que los de París son mejores que nosotros?

—No digas estupideces, yo no te he pedido que vinieras.

—¿Es que te has citado aquí con él?

—No.

—La verdad es que es un paraje muy solitario. Y dentro de la casa, ¿quién

hay?

—Nadie. Los pescadores venían antes por aquí, pero ahora, ya no.

—¿Hay camas dentro?

—¿Camas?

—Sí, camas. Si Charles te trajo aquí, es que quería acostarse contigo.

—¿Por qué no te olvidas de todo, Gervais? Yo he venido aquí porque quería ver algo.

—Pues no hay nada que ver aquí.

—La playa, la playa vacía.

—Y un barco que no está. Estáis todos chalados, seguro que fumasteis algo fuerte u os «picasteis». ¿Heroína, cocaína, qué fue lo que os dio el tipo ese de París?

—Nada.

Gervais se acercó a la casa, cuya puerta estaba entreabierta. Miró hacia el interior y regresó a la entrada.

—¡Antoinette, Antoinette! —llamó.

—¿Qué?

—¡Mira qué hay aquí!

Antoinette quedó un tanto perpleja. Echó a andar, y llegó a la puerta de la casa. El joven se hizo a un lado y ella entró.

—¿Qué es lo que hay?

—Calentura.

—¿Qué?

Gervais se echó a reír.

—Anda, no seas tonta y gocemos un rato.

—Gervais, no quiero bromas.

Antoinette no parecía estar de buen humor, pero Gervais le cortaba el camino de salida con su cuerpo.

—No te hagas la estrecha, ya viniste aquí con Charles, y yo también soy del grupo; amor libre, ya sabes.

—Yo no hice nada con Charles.

—Eso se lo cuentas a tu mamá.

—Gervais, déjame salir, no quiero repetírtelo.

—Si aquí nadie puede vernos... Todas las burguesitas como tú aprovechan todas las oportunidades para divertirse.

—¡Basta ya!

Trató de abrirse paso, mas Gervais la empujó hacia atrás, riéndose. La joven se vio llevada hasta un jergón. Trató de escapar, pero él la cogió por las piernas y la hizo caer boca abajo.

—¡Quieta, no soy tan feo, cojones!

—¡Déjame, déjame! —se debatió.

El se le había echado prácticamente encima para que no pudiera volverse. Hundió sus manos por la cintura femenina y le quitó un botón de los blue-jeans, luego le bajó la cremallera.

—¡Déjame, déjame! —chillaba Antoinette.

Gervais le estiró de los pantalones hacia los pies. Ella, por más que se agarraba a la prenda, no podía evitar aquel ultraje, ya que se encontraba como sujeta por los muslos de él, que semejaba montado a horcajadas sobre las corvas de la chica.

—Seré cuidadoso, no temas. Entrégate, y verás cómo lo pasas muy bien.

—¡Maldito, maldito seas!

Antoinette puso odio en sus ojos cuando se volvió, ya con los pantalones por debajo de sus rodillas. Gervais la sujetaba y parecía que lo inevitable iba a ocurrir.

El muchacho quería satisfacer sus deseos sexuales a toda costa, y Antoinette era impotente para librarse de él; sus fuerzas físicas estaban muy por debajo de las de él.

—Conde Lucienn —musitó, y torció la cabe/a, perdiendo el sentido.

—Eh, no te hagas la dormida, que yo haré el amor lo mismo.

Una fortísima ráfaga de viento abrió la puerta, golpeando violentamente contra la pared.

Sorprendido, Gervais se volvió, y descubrió algo que le erizó los cabellos de espanto.

En el umbral había un ser fantasmagórico, que le pareció tremendamente alto. Vestía de oscuro, con ropas ajadas, como podridas, una larga capa también raída y un sombrero de copa deslucido sobre una calavera que sí tenía ojos, unos ojos que refulgían como si tuvieran luz propia.

—¿Quién, quién es? —balbució Gervais.

—Ven conmigo, el buque espera. Todos tenéis que embarcar, todos.

La voz había sonado lúgubre, ronca, cavernosa. Gervais sintió que se le secaba la garganta.

—¿Quién es? ¿Diga quién es? ¡No quiero bromas, fuera, fuera!

Aquel esqueleto viviente, que dejaba ver cabellos grisáceos saliendo de debajo de su sombrero de copa, se acercó a Gervais y lo cogió de una muñeca con su mano sarmentosa, una mano que parecía unas tenazas de acero.

—Vamos, el buque espera y tiene que partir.

—¡No, no! —gritó Gervais, queriendo desasirse de aquella especie de mordaza que lo había atenazado.

Su fuerza se desvanecía, su violencia se esfumó y su entereza se derrumbó como una montaña de hojas secas, batidas por la violencia de una tempestad.

Cuanto Antoinette se recuperó, la casa estaba vacía.

Hacía frío y un hedor de muerte lo impregnaba todo.

Se miró a sí misma, y se volvió a colocar los pantalones. Se acordó de Gervais, y lo maldijo por lo bajo.

Se puso en pie trabajosamente, y se acercó a la puerta. Miró hacia el exterior, y lo primero que vio fue la motocicleta y el velomotor. Luego, en la playa, a lo lejos, la sombra oscura del siniestro buque, mientras la marea subía y subía.

También a distancia, como dos figuras diminutas, vio a Gervais arrodillado sobre la arena pedregosa, alcanzado ya por el oleaje. A su lado, sujetándole, una figura espectral, muy alta, y aún lo parecía más por el sombrero de copa con que se tocaba.

Aquel ser fantasmal, irreal y real a un tiempo, como si se percatara de que la muchacha les observaba, se volvió y miró hacia ella, con su rostro de calavera.

Pese a la gran distancia,. Antoinette creyó reconocer aquellos ojos, y sintió un miedo atroz. Deseó introducirse de nuevo bajo un camastro, pero de nada servia. El la había visto; sin embargo, no caminaba hacia ella, si no que seguía quieto, esperando a que el buque se acercara más y más, adonde él y Gervais estaban.

Antoinette corrió hacia su velomotor. Montó en él, pedaleó y lo puso en marcha.

Comenzó a subir la cuesta, alejándose del siniestro lugar. Lo que había ido a averiguar, ya lo sabía.

CAPITULO VIII

Ray Labosié se pasó varias horas en la hemeroteca municipal, repasando los periódicos locales más antiguos, hojas y más hojas. De nada servía consultar a los más viejos de la villa, ya que por aquellas fechas serian niños, y cuanto supieran habría sido a través de narraciones de sus padres o abuelos, exactamente lo que ocurrió con el doctor Travené.

Louise, que sabía que estaba allí, fue a buscarle.

—¿Has encontrado algo?

—He leído unas cuantas cosas sobre el manicomio y la fuga de los locos. Sobre el conde Lucienn se habla muy poco, pero en dos artículos escritos por alguien que parecía conocerle bien, se habla del majestuoso y alto conde Lucienn. Da a entender que tenía un gran poder de sugestión, especialmente sobre las damas; que sus ojos poseían magnetismo, y también viene a decir que algunos pensaban de él que era un visionario o un demente. En cambio, otros le trataban como a un patriarca salvador. En uno de los artículos se le acusa veladamente de la fuga de los locos, pero ya nada hace mención a él, cuando se narra el incendio del manicomio vacio.

—Tú crees que aquel esqueleto espectral que descubrimos es el conde Lucienn, ¿verdad?

—Es lo más probable. Me gustaría encontrar a alguien capaz de identificar el anillo.

—No creo que nadie pudiera identificarlo, nadie excepto...

—¿Excepto quién?

Louise vaciló y luego dijo:

—Acompáñame, aunque no sé si hago bien o mal.

Salieron a la calle, Louise guió a Ray. Comenzaba a caer algo que podía calificarse de agua nieve, el frío se había intensificado. Ray se abrigaba con un gabán acolchado y Louise con una trenka de aspecto muy abrigador.

—¿No quieres decirme lo qué ocurre?

—Bueno; en realidad, no sé mucho, pero...

—Estás muy enigmática.

—Es que no puedo decir nada porque nada sé de cierto, sólo tengo sospechas.

—¿Sospechas sobre qué?

—Ya lo sabrás.

—¿Acaso le has contado a alguien lo que descubrimos?

—No, y la verdad es que cuando lo recuerdo, me estremezco de miedo.

—Sólo son restos humanos.

—Sí, pero me pareció que se había movido.

—Un esqueleto se puede mover por una corriente de viento, un cambio de temperatura o por haberlo tocado con anterioridad; se rompe el equilibrio que los huesos mantenían entre sí.

—Yo no soy tan racional como tú.

Louise se detuvo frente al número 14 de la rué Gambetta.

—¿Antoinette?

—Sí, hablaremos con ella.

—Creí que me llevarías a casa del doctor Travené.

—¿Por qué?

—Él sabía algo sobre la fuga de los locos y de la importancia que tuvo en este hecho un tal conde Lucienn, un nombre que más parece un apodo que un título nobiliario auténtico.

Llamaron al timbre, y apareció la madre de Antoinette, que les miró un tanto inquieta; tenía ojeras muy marcadas.

—Hola, Louise.

—¿Está Antoinette?

—Sí, sí, está en su cuarto. Me tiene preocupadísima, y precisamente ahora que mi marido está de viaje.

—¿Podemos subir a verla?

—Sí, me haréis un favor. Tengo que salir, y la doméstica ha librado esta tarde.

Se introdujeron en la casa, y subieron las escaleras, Louise conocía bien la distribución de la vivienda.

Efectivamente, Antoinette estaba en su habitación, sentada en una butaca, con expresión abstraída. Cuando les vio, apenas les dedicó una mirada.

—Antoinette, ¿te encuentras bien? —le preguntó Louise.

—Estoy viva, ¿no?

Roy miró, interrogante, a Louise, lista, ame la actitud fría de su amiga, inquirió:

—¿Estás molesta conmigo?

—No.

—Lo digo por tu forma de recibirnos.

—Estoy muy preocupada, eso es todo.

—¿Has visitado al doctor?

—No.

—¿Porqué?

—Porque ya sé lo que me sucede..

Ahora fue Louise la que miró a Ray, interrogante. Este, muy cordial, preguntó:

—¿Y lo que le sucede es algo grave?

—Sí.

—¿Quieres asustarnos?

—Es mejor que os marchéis de mi lado; no os acerquéis más a mí, estoy maldita. —Ocultó su rostro entre las manos y sollozó.

—Vamos, tranquilízate, por favor —pidió Louise, acercándose a ella y acariciándole la cabeza.

—¡Estoy maldita, estoy maldita!

—Nadie está maldito le replicó Ray, casi con dureza.

—¡Yo, si: yo, si!

—¿Porqué? ¡Dilo! —le exigió Louise.

—No puedo decirlo.

Louise pensó que la mente de su amiga no estaba muy bien. Lo que su madre temía se estaba produciendo, la chica debería ser visitada por algún psiquiatra. Trató de apaciguarla.

—Está bien, está bien, sólo queríamos mostrarte una cosa, por si podías reconocerla.

—¿El qué?

—Es algo que Ray ha encontrado, y no terminamos de identificar.

—¿Qué es?

—Este anillo.

Ray se lo mostró en la palma de la mano. Antoinette, nada más verlo, tuvo un movimiento instintivo de rechazo.

—¿Dónde, dónde lo habéis encontrado?

—¿Lo reconoces? —preguntó Louise, en vez de responder.

—¿Por qué queréis que lo reconozca? —preguntó, mirando a uno y otro alternativamente.

—Si lo has reconocido, sería bueno que nos hablaras de él —le pidió Ray.

Antoinette, con los ojos enrojecidos por el llanto repentino, pero habiendo dejado ya de llorar, buscó un álbum de fotografías familiar, que tenía en su propia alcoba.

Lo abrió y pasó las hojas hasta detenerse en una vieja y amarillenta fotografía, hecha sobre cartón duro. Era el retrato de una mujer joven, sentada en una silla de alto respaldo, junto a una mesa en la que había un florero. El brazo femenino reposaba sobre la mesa, y su mano extendida podía verse claramente. En uno de sus dedos lucia un anillo.

—Miradlo. — Y les alargó una lupa.

—Es el mismo —musitó Louise.

Ray, más acostumbrado a mirar con lupas y microscopios, puntualizó:

—Es parecido, pero un poco más pequeño; yo diría que se trata de una reproducción. —Alzó la mirada y preguntó a Antoinette—: ¿Quién es?

—Mi abuela paterna.

—Antoinette, Antoinette, tú sabes algo de lo que queremos averiguar, ¿verdad?

—Sí. —Se sentó con el álbum de fotografías familiares en el regazo—. Ella fue mi abuela, y nació cuando hacia once meses que mi bisabuelo había fallecido. Algo se debió comentar en su día, pues está claro que mi abuela no era hija de mi bisabuelo oficial. Mi bisabuela, pese a su reciente viudedad, tuvo que ver con un extraño personaje que llegó a la villa por aquel tiempo, un tal conde Lucienn, un sujeto muy especial, del que se rumoreaba que poseía poderes de mago. Sugestionaba a las mujeres, y hasta es posible que tuviera que ver con otras mujeres importantes de la villa. En fin, tuvo contactos con

mi bisabuela, y nació mi abuela, que es esta mujer de la fotografía. Mi abuela cobró fama como médium, aunque de esto nadie de mi familia quiere hablar. Mi abuelo fue un pobre hombre, pero rico, al que mi abuela manipuló a su antojo, y nació mi padre. Papá nunca se llevó bien con su madre; él tiene un carácter duro, muy racional y frío. Mi abuela murió hace unos cuatro años, pero antes me había dado algo.

—¿Qué? —preguntó Louise, preocupada.

—Este cabo de vela roja, es pequeño, pero grueso —dijo, mostrándolo—. Siempre lo he guardado.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Ray, sin comprender.

—Me dijo que, cuando cumpliera los dieciocho años, encendiera esta vela en la soledad de mi habitación.

—Pero tú ya cumpliste los dieciocho años —objetó Louise.

—Sí, y no me atreví a encenderlo.

—¿Porqué?

—Ahora lo sé, yo soy una médium como mi abuela. Puedo hacer que él regrese.

—¿El? —repitió Louise.

—El conde Lucienn.

—¿Te parece bien que encendamos la vela? —preguntó Ray.

—Si estáis aquí conmigo, no me importa.

Ray sacó su encendedor y encendió la pequeña, pero gruesa vela, que comenzó a humear.

—¿De veras crees que eres una médium?

—Sí. El espectro del conde Lucienn regresa cada vez que yo, consciente o inconscientemente, lo reclamo. El es cruel y se lleva a la gente al buque para que mueran. Para él, todos son locos que han de ir al buque de la muerte.

—No, no, Antoinette, todo eso es una fantasía, una alucinación colectiva —insistió Louise, con viveza.

—¡No lo.es, no lo es! —Casi gritó Antoinette—. ¡Se llevó a Charles y se ha llevado a Gervais!

—¿A Gervais? —inquirió Louise, sorprendida.

—¡Mirad, mirad! —exclamó Ray, señalando el cabo de vela, que se consumía con rapidez.

En torno a la llama, un anillo cada vez se perfilaba con más claridad al fundirse la cera, y era idéntico al que tenía Ray, sólo que más pequeño.

CAPITULO IX

El comisario Delapierre, el doctor Travené y el padre de Antoinette estaban sombríos. Ray Labosié les había estado hablando, y ellos pasaban del escepticismo a la cólera, como en el caso del padre de la muchacha.

—¿Cómo se atreve a decir que mi hija es una médium por herencia, y que es capaz de materializar el espectro de su bisabuelo, un bisabuelo que tampoco es el que dice?

—Monsieur, hay cosas que no están escritas, pero que son ciertas. El llamado conde Lucienn fue su abuelo, aunque no quisiera admitirlo. Usted sabia, aunque se lo hubiera callado celosamente, que su madre era una médium, con bastantes poderos, que celebraba veladas de espiritismo, y se la temía.

—Prefiero no hablar de ello. Esto no es París, es una villa donde los cuchicheos adquieren carácter de calumnias.

—Joven, ¿adónde pretende ir a parar? —interrogó el comisario, con su proverbial paciencia.

El doctor Travené musitó:

—Creo que yo si lo sé.

—Antoinette tiene unos poderes que olla misma ignora, unos polleros que no controla. Es como si los tuviera no para su uso y provecho, si no para quien se los dejó la herencia, y me estoy refiriendo al tal conde Lucienn —explicó Ray.

—¡Acabemos de una voz con todo esto! ¡Están hablando de mi hija, de mi única hija! —protestó el padre de Antoinette.

—Usted, monsieur Labosié —intervino el comisario— tiene algo metido entre ceja y ceja. ¿Puede decirnos qué es?

—Un encuentro, pero delante de todos.

—¿Qué clase de encuentro? —gruñó el padre.

—Usted puede venir, su mujer es preferible que no. La situación puede resultar un poco extraña, un poco espectral —advirtió Ray.

—¿Y la muchacha? —Preguntó el médico—. Puede resultar afectada.

—O liberada, quien sabe. De todos modos, ahora está en una situación muy delicada, y así seguirá; es más, puede haber más desapariciones. Gervais ha desaparecido, y yo me inclino a pensar que ha muerto. El buque fantasma «*Liberation*», el de la fuga de los locos, es algo que existió en el pasado y en otra dimensión, que no llegamos a comprender, sigue existiendo; es como si llevara consigo una maldición.

—Hay cosas que parecen irreales y, sin embargo, tienen una explicación lógica —objetó el comisario Delapierre—. Los ojos que vio la muchacha cuando se quedó sola en el automóvil de usted, eran los ojos del *clochard* que la asustó, él mismo lo ha confesado.

—Sí, ese vagabundo la asustó, pero, ¿y Charles y Gervais? ¿Dónde están

esos muchachos?

—Rastrearemos la zona hasta encontrarlos —sentenció el comisario, poco dispuesto a aceptar explicaciones fantásticas.

—Muy bien, hágalo, pero, ¿por qué no comprobamos antes oirá cosa?

—¿Qué cosa? —¡inquirió el padre.

—Mi teoría. Es posible que sea macabra, es posible que hasta trágica, pero estaremos todos presentes para ayudar —se encaró con el médico y pidió—: ¿Puede usted venir también para estar cerca de la muchacha y ayudarla en lo que haga falta?

—Naturalmente, aunque les prevengo que soy un doctor de familia, no un psiquiatra.

—Antoinette no está loca; hay cosas que no se explican, pero que son reales. Si se niegan a aceptarlo, todo continuará como está, y se producirán más desapariciones. Nadie podrá ya controlar a Antoinette, que está entrando en un periodo de madurez, como médium. Lo malo es que ella no se controla a sí misma, y hace cosas o visita lugares sin saber por qué lo hace. Si prefieren que todo siga como está, yo me voy y les dejo, pero ustedes serán responsables de lo que se desencadene en el futuro.

—Si sólo se trata de una prueba —aceptó d comisario, encogiéndose de hombros dentro de su abrigo oscuro.

—Yo no puedo responsabilizarme de lo que suceda. Soy un médico racionalista, pero hay sucesos que escapan a la Ciencia.

—De acuerdo, de acuerdo —bufó el padre de Antoinette—, pero yo estaré presente.

—Es lo que le estoy pidiendo, no pido ninguna ceremonia secreta.

—Entonces, vamos —dijo, decidido, el padre de la joven, deseoso de terminar con todo aquel asunto.

Kay fue a la habitación donde estaban Louise y Antoinette. Las dos chicas hablaban; Louise trataba de hacer charlar y reír a su amiga.

—Vamos —dijo Ray.

—¿Lo han aceptado? —inquirió Antoinette.

—Sí, pero temen por ti.

—Seré fuerte.

—Te prevengo que no será nada fácil —le advirtió Ray.

—Lo sé, pero tampoco quiero ser toda la vida esclava de un espectro.

Sin que nadie lo viera, el padre de Antoinette tomó de un cajón una pistola. Comprobó que estuviera cargada y la introdujo en el bolsillo de su gabán. Después, cogió una linterna grande.

Al poco, salía la comitiva: un jeep de la policía con un gendarme, el comisario Delapierre y el doctor Travené. En el coche de Ray viajaban éste y el padre de la muchacha y, en el asiento de atrás, Louise y Antoinette, que iba como abstraída.

Su boca mostraba una leve sonrisa; no parecía en absoluto asustada. Era como si hubiera asumido su destino, fuese el que fuere.

Salieron de la villa y rodaron por la carretera: era de noche.

Ray conducía guiando al jeep. Al llegar al bosque, abandonaron la carretera y los faros tropezaron con el gran número de troncos de árboles. El suelo estaba húmedo y duro a la vez. Había helado. La nieve no había llegado a cuajar, quizá debido al espesor de las copas de las soberbias coníferas.

Los faros buscaron las ruinas del manicomio hasta que las encontraron y se acercaron el máximo hasta ellas. Permanecieron encendidos, iluminando las paredes derruidas o semidormidas. El jeep policial se puso al lado para colaborar con sus faros e iluminar las ruinas. Después, todos fueron saltando al suelo.

—Tomen la linterna —pidió Ray.

El comisario dio orden al gendarme para que se quedara en el jeep, vigilando los coches. Ray se adelantó, buscando el hueco del siniestro pasadizo subterráneo.

—Por aquí.

El padre se acercó a su hija y preguntó:

—¿Quieres seguir adelante o volver a casa?

—Debo seguir, papá. He sufrido mucho, aunque vosotros no lo supierais, y no quiero enloquecer.

—No te dejes adueñar por nada —le pidió el médico—. Conserva la frialdad de tu mente.

Ray se introdujo el primero por el hueco del que partían las escaleras descendentes. Tras él se colocó el comisario, luego Louise y Antoinette. Tras ella, el padre y, cerrando la comitiva, el médico.

—Por aquí, por aquí —indicaba Ray.

—Es extraño que no se hubiera descubierto este pasadizo con anterioridad —comentó el comisario.

—Era un sótano secreto. Luego podrá ver las mazmorras, con los restos de los seres que encontraron una muerte horrible.

—Estas intuiciones debieron ser terribles —admitió el comisario, mirando a un lado y a otro, cuando rebasaban las puertas de aquellas mazmorras que habían enclaustrado el sufrimiento, la desesperación, la agonía y la muerte de seres indefensos.

Llegaron a la sala de torturas, allí donde seres, que pretendían curar, torturaban a los enfermos como si, a través del dolor, pudieran normalizar sus mentes, como si los propios enfermos, ante el miedo a la tortura, fueran capaces de adquirir de nuevo el pleno control de sus cerebros.

La luz de la linterna de Ray se dirigió a la butaca.

Allí seguía sentado el siniestro y espectral personaje con sombrero de copa y capa, aquel macabro esqueleto que dejaba ver mechones de cabellos, grisáceos, colgando de su cráneo sin carne.

—Ahí lo tenemos.

Todos los conos de luz convergieron en la siniestra figura, que sobrecogía, el padre de la muchacha, con voz ronca, admitió:

—Es posible que sea él. Se cuenta que desapareció, y no se supo dónde, quizá quienes lo habían ayudado primero, se asustaron, y lo encerraron aquí, tapiando luego la salida, condenándolo a morir con los demás supervivientes.

—Han pasado demasiados años —masculló el comisario—. Jamás esclareceremos lo que sucedió en aquellos trágicos días de la fuga de los locos, de los que no se ha vuelto a saber jamás.

—¿Estás dispuesta, Antoinette? —preguntó Ray.

—Sí.

Ray le entregó el anillo grande. Ella se había puesto en su dedo corazón izquierdo el que le dejara su abuela, dentro del cabo de una vela roja. Era igual al del conde Lucienn, sólo que más pequeño.

La joven avanzó despacio hacia la macabra figura sentada en la butaca e iluminada por las linternas.

—Antoinette, hija; si no quieres, no lo hagas —casi suplicó el padre.

Ella no respondió y siguió adelante.

Se detuvo frente al extraño personaje, le miró a la cara y le colocó el anillo en el dedo sin carne, un dedo sólo huesos.

De súbito, ocurrió algo que les hizo estremecer, pese a que, en el fondo, todos lo esperaban.

En la sala se escuchó un susurro múltiple, y semejaron oírse lejanos gritos desgarradores, como si los despojos de los muertos encerrados en sus celdas revivieran la patética y desesperada agonía.

Los ojos de la calavera se iluminaron. Donde había unas cuencas vacías, ahora había unos ojos grandes, amarillentos, casi fosforescentes.

—¡Apártate, apártate de él! —exigió el padre.

—Debemos irnos, Antoinette —comenzó a decir aquel ser alucinante, con su voz alargada y cavernosa—. Debemos irnos.

—Sí, conde Lucienn —asintió ella.

El espectro se puso en pie, despacio, sin prisas, majestuosamente. Cogió de la mano a la muchacha, y ambos echaron a caminar, sin que Antoinette pareciera rebelarse ni asustarse.

—¡Antoinette, apártate, apártate! —gritó el padre, colocándose frente al maléfico conde Lucienn, al que amenazó con su pistola.

—Papá, deja que siga mi destino —musito ella.

—¡No, no! —gritó él, no, y comenzó a oprimir el galillo.

Los fogonazos brotaron uno tras otro hasta que el cargador se consumió. Las balas horadaron aquel espectro, al que no parecieron hacer mella. En cambio, él, de un manotazo de su mano esquelética, derribó al padre de Antoinette, que quedó inconsciente en el suelo.

—No podemos nada contra él —gimió el médico.

El comisario Delapierre no daba crédito a sus ojos. El mismo acababa de ver como un buen número de proyectiles no habían logrado detener a aquel ser, que se llevaba a Antoinette de la mano.

Cuando Louise lanzó un chillido horrible, que retumbó en las paredes

pétreas del sótano, todos se agitaron como si hubieran permanecido dormidos, no sabían si durante unos segundos o unas horas.

—¡Monsieur, monsieur! —gritó Ray al padre de la muchacha, que se recuperó.

—Mi hija... ¿Dónde está mi hija?

—¡Vamos, vamos, quizá yo sepa dónde está! —apremió Ray.

Salieron corriendo del siniestro sótano. Regresaron a los coches, y el comisario preguntó al gendarme:

—¿Que ha visto usted?

—Nada, nada.

—Está bien, siga al coche de monsieur Labosié.

Partieron a gran velocidad. Ray buscó la carretera y, siempre seguido por el jeep, llegó al tortuoso camino que descendía hacia la playa. No tuvo cuidado en esta ocasión, y el pequeño coche dio brincos y más brincos hasta llegar ante la casa de pescadores.

Colocó sus faros encarados al mar, y, a lo lejos, divisaron la figura oscura del buque.

—¡Ahí, ahí está el buque fantasma! —gritó.

Todos pudieron verlo, mientras el buque hacía sonar su sirena, como indicando que partían hacia la eternidad.

—¡Antoinette, Antoinette! —gritó el padre hasta enronquecer, pero el comisario Delapierre le detuvo.

—No cometa ninguna locura, no podemos hacer nada. Esto está por encima de nuestra razón, de nuestras posibilidades.

Poco a poco, el buque se fue alejando; pero ellos no se movieron de allí.

Al día siguiente, cuando la marca se retiró, sobre la arena pedregosa se encontró a Antoinette y, a su lado, los restos de un esqueleto humano, ambos cogidos de la mano.

El sombrero de copa rodaba un poco más lejos, movido por el viento. Y mucho más lejos, allá donde la primera línea del agua se había retirado en la marea alta, se hallaron otros restos humanos, que la policía identificaría, más tarde, como pertenecientes a Charles y Gervais.

—La pesadilla ha terminado —sentenció el médico—, aunque jamás hallaremos una explicación a lo sucedido.

El padre de Antoinette se tornó más taciturno y su esposa enfermó.

El comisario Delapierre dejó de ser tan escéptico a partir de aquel día, sus labios adquirieron un ligero temblor, que ya no le abandonó.

—Yo me voy a París. ¿Quieres venir conmigo, Louise?

La muchacha besó a Ray y le preguntó:

—¿Te importaría que nos casáramos antes? Lo digo por mi familia, no deseo alterar sus convicciones; a mí no me importaría marcharme contigo.

—Lo que tú digas.

La ciñó por el talle, y la besó en profundidad, fundiéndose sus alientos.

La vida era de ellos, la muerte había quedado en la playa.

FIN